

Selección

TERROR

DESDE ULTRATUMBA

CURTIS GARLAND

—Doctor Heinrich, aquí tiene los datos clínicos de ese hombre. Ha soportado sin comer ni beber mes y medio, en Buchenwald. Ha sufrido hasta cuarenta grados bajo cero, descargas eléctricas capaces de electrocutar a cualquiera, sin ropas ni calzado, y sobre un suelo conductor de energía eléctrica. Ha sufrido la amputación de cuatro dedos de su mano izquierda y de un ojo, todo ello a lo vivo. Finalmente, ha sido abrasado su cuero cabelludo e incendiado su cabello con una plancha eléctrica al rojo vivo. Y ha sido devorado su rostro por el vitriolo. Sólo entonces se le detuvo el corazón. ¿Qué me dice a eso?

El doctor Karl Heinrich miró con asombro al muerto.

—Que es un superhombre… o un monstruo.

—Haga de él lo que sea. Pero si su naturaleza responde, habremos dado el primer paso, y el Führer tendrá noticias agradables, de sus científicos, en la lucha por la inmortalidad. ¡Vamos, doctor, obre deprisa, o ese cadáver se descompondrá, pese a las precauciones que he tomado para trasladarlo hasta aquí!

—Sí, coronel —suspiró el médico, con una expresión fría y calculadora en sus ojos—. Vamos a poner manos a la obra… y veremos lo que resulta de esto. Pero jamás un ser vivo podría ser tan monstruoso como ese pobre desgraciado, si logro devolverle la existencia, una vez muerto… y regresa de ultratumba, coronel Berger.



Curtis Garland

Desde ultratumba

Bolsilibros: Selección Terror - 62

ePub r1.0

Titivillus 01.03.15

Título original: *Desde ultratumba*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

¿Hasta dónde llegó la frialdad científica, cruel y despiadada de un régimen siniestro y estremecedor? ¿Qué horrores puede provocar la manipulación de seres humanos como simples cobayas de laboratorio? ¿Pudo ser cierta la historia de Franz Rohtman y su pavorosa circunstancia?

Tal vez no ocurrió nunca. Pero, desgraciadamente para la Humanidad…, sí pudo ser cierta.

Prólogo

EXPERIMENTO

Los pasos resonaron, huecos y rotundos, por el largo y frío corredor.

Bajo las luces colgadas del techo, blancuzcas, casi espectrales, las negras botas lustrosas marcaban rígidamente los pasos, con ritmo castrense, áspero y disciplinado.

El corredor era largo, abovedado, casi interminable. Aparecía completamente desierto, a partir de la entrada metálica donde montaban guardia los dos soldados de casco de acero y fusil ametrallador al hombro. Afuera, caía una fuerte lluvia, acompañada de truenos y relámpagos. Pero dentro del recinto atrincherado y sólido, nada de eso era perceptible. Sólo de vez en cuando las luces mostraban alguna oscilación, de resultas de las descargas eléctricas en el exterior.

Los pasos se detuvieron ante otra puerta situada al final del corredor. En ella montaba guardia otro soldado. Éste no llevaba capote de invierno, como los de afuera, que se empapaban bajo la lluvia. Vestía el pardo uniforme, el casco de acero gris oscuro y lucía también el fusil ametrallador al hombro.

Se cuadró ante el hombre que se había parado ante él, repentinamente rígido. Movió su brazo, saludando militarmente.

—*Heit Hitler!* —saludó.

—*Heit!* —replicó secamente el oficial de la Wehrmacht, respondiendo al saludo—. ¿Sin novedad, soldado?

—Sin novedad, *mein Oberst*[1].

—Abra la puerta, soldado.

—*Ja, mein Oberst* —se apresuró a afirmar el soldado,

manipulando un sistema eléctrico de cerradura, en una metálica caja gris, empotrada en el muro de hormigón.

La puerta de metal se deslizó sobre un raíl engrasado, casi silencioso. Al otro lado, solamente había una especie de montacargas o tosco ascensor de hierro, en el que entró el coronel de impecable uniforme pardo, con la Cruz de Hierro de Hojas de Roble pendiendo de su cuello, y las condecoraciones, por méritos de guerra, sobre el pecho ancho y fuerte de su guerrera bien abotonada.

La fría mirada azul del militar perdió de vista al soldado y al corredor cuando se deslizó la puerta, cerrándose, y el montacargas, de modo automático, descendió hacia las profundidades de la tierra. Hacia el corazón de un sólido y amplio búnker de hormigón y acero, socavado en el subsuelo.

Pronto se detuvo el montacargas ante otra puerta. Zumbó un contacto, al pararse el sistema de descenso, y otra puerta de metal se deslizó a un lado. Dos soldados igualmente armados saludaron con rigidez al coronel, que pasó entre ellos aventurándose por otro corredor bien iluminado en las profundidades de aquel refugio subterráneo insospechado.

Este corredor era breve, y terminaba en una puerta sin guardianes, metálica también, y en la que una luz roja parpadeaba, intermitente, sobre la misma. El coronel alargó su mano enguantada y pulsó un botón del muro.

La luz roja se detuvo inmediatamente, quedándose convertida en una lámpara de color verde fijo, sin parpadeos.

Era, sin duda, la señal de que adentro daban paso libre al visitante, porque la puerta se abrió también, sin que nadie la tocara aparentemente, y el coronel se halló, al fin, en una cámara blanca, encristalada al fondo, en la que se hallaban dos hombres de bata color amarillo suave, con un distintivo en el que destacaba, en negro, la cruz gamada.

Saludaron al coronel ambos. Señalaron a los cristales blancos, esmerilados, de la vidriera del fondo de aquella antecámara.

—*Herr Doktor* trabaja intensamente, *mein Oberst* —dijo uno de ellos.

—*Ja* —asintió el coronel—. El doctor siempre trabaja. Nunca se fatiga, nunca se agota. Es un hombre admirable. ¿Puedo pasar?

—Supongo que sí —sonrió el de la bata amarilla—. Usted, coronel, siempre tiene paso a los laboratorios.

—Lo sé. Pero no quisiera interrumpir algún trabajo delicado del doctor.

—Todo este trabajo lo es, coronel. No creo que le interrumpa usted. Nadie logra hacerlo cuando él trabaja. Sólo está para su tarea. Sólo para eso, como si el mundo, a su alrededor, no existiera.

—Sería hermoso que todos pudiéramos pensar igual —dijo con sequedad el coronel—. Pero el mundo existe. Y la guerra también. Y los enemigos del Reich no descansan. Por eso nosotros tampoco podemos descansar, caballeros.

Y pasó a su lado, con una seca inclinación de cabeza, aventurándose más allá de los vidrios esmerilados.

Apenas hubo salvado esa barrera frágil de las cristaleras, se halló ante una camilla sobre la que unos enfermeros de bata también amarilla, echaban una tela, mirándose con zozobra.

Los ojos celestes del coronel, se fijaron en los de otro hombre de barbita recortada, situado frente a él, al otro lado de la sala destinada a laboratorio y centro experimental.

—¿Qué sucede, doctor? —Fue la seca, breve pregunta del militar.

El doctor miró al bulto situado en la camilla. Se encogió de hombros, con cierta indiferencia. Su rostro enjuto aparecía levemente pálido.

—No resultó —dijo—. Eso es todo.

—¿Cómo? —masculló abruptamente el coronel—. ¿Qué es lo que dice, doctor?

—El paciente. Está muerto.

La mirada del militar se clavó en la camilla rodante que se disponían a alejar los enfermeros o asistentes del médico.

—Se supone que tenía que estar muerto, doctor —silabeó, abrupto.

—Sí, pero no de ese modo —el médico hizo un movimiento de cabeza—. Hay cosas, que ni yo mismo puedo resolver, *herr Oberst.*

—¿Como por ejemplo…?

—Eso —señaló a la camilla—. Véalo, se lo ruego. Pero con cuidado…

El coronel nazi caminó rápido hacia el bulto. Sus botas crujían al

moverse sobre el pavimento del laboratorio perdido en el dédalo subterráneo del sólido búnker secreto. Inclinóse. Tiró de la tela blanca con ademán brusco de su mano enguantada.

La cabeza le rodó hasta quedar quieta entre sus pies, como un horrible balón de fútbol. Un balón con ojos desorbitados, con cabello erizado, con gesto horripilante, con las carótidas yuguladas, espumeando sangre oscura, coagulada y seca.

La cabeza de un hombre de mediana edad, con el sufrimiento y el horror estampados en su rostro antes de la muerte. La mirada azul del coronel, contempló con inverosímil indiferencia aquella forma redonda, a la que incluso dio un puntapié seco, haciéndola rodar lúgubremente sobre el pavimento. Luego, examinó el cuerpo decapitado, rígido e incoloro en la camilla. Los propios sanitarios se habían echado atrás, impresionados por la escena.

El corte del cuello era nítido, preciso, sumamente limpio. El coronel lo estudió con total frialdad. Sin una sola reacción humana asomando a su semblante de perfecto servidor de un idealismo basado en la deshumanización y el fanatismo político y racial.

—¿Qué hizo ese asqueroso judío para terminar así? —farfulló roncamente.

—Ya le dije que tuviera cuidado, coronel —suspiró el médico. Dio unos pasos, examinando los restos humanos—. No soy Frankenstein. No puedo hacer nada con seres mutilados de esa forma. Todo sería inútil, señor.

—No le he pedido que haga nada. Pregunté cómo pudo suceder.

—Ese hombre sufrió mucho, evidentemente, durante el período de torturas —el doctor inclinó la cabeza, humedeciendo sus labios con cierto nerviosismo—. Cuando el doctor Overhaussen me lo entregó, venía como enloquecido. Apenas le inyectamos la droga… reaccionó extrañamente al pinchazo. Se precipitó sobre mis ayudantes y los derribó. Nadie imaginó que aún tuviera tanta fuerza en su cuerpo flaco y miserable, después de lo de Auschwitz y lo del Centro de Adaptación Biológica Adolf Hitler. Pero las tuvo. Se lanzó sobre esa guillotina destinada a mutilaciones de estudios anatómicos… y presionó el resorte, metiendo la cabeza debajo. Evidentemente, conocía el funcionamiento de tales mecanismos. Luego hemos sabido que fue médico. E incluso ayudó a experimentos a nuestros médicos biólogos en el Campo de

Auschwitz. Conocía el aparato, y lo utilizó para reducir su agonía.

—¡Loco! —Miró con desprecio al muerto, cuya cabeza hizo rodar con ira, de otro patadón, hasta que un enfermero la tomó, con manos temblorosas, y la situó junto al resto del cuerpo, volviéndolo a cubrir—. ¡No sabía que era la inmortalidad lo que le ofrecía el Reich a un sucio judío indigno de tal honor!

Hubo un silencio en el laboratorio. El médico no comentó nada, dirigiéndose a su mesa de estudios, donde se ensimismó en el examen de algo, a través de un microscopio.

El coronel, rápido, avanzó hacia él, haciendo chascar sus botas sobre el suelo. Se paró rígido, junto a la mesa de trabajo del médico.

—¡Doctor Karl Heinrich! —aulló—. ¡Deje todo eso! ¡Sabe lo que nuestro Führer desea! ¡La inmortalidad debe ser algo cierto y real!

—Lo sé —cansadamente, el investigador alzó su cabeza del microscopio, y estudió fríamente a su interlocutor—. Es la forma de que nuestro Tercer Reich sea eterno y grandioso. El Führer desea su propia vida eterna, ¿no es cierto?

—¡Los dioses no deben morir! ¡Y el Führer es el dios de la nueva Alemania! —recitó, grandilocuente, el coronel.

—Por supuesto —los ojos del médico se fijaron en el militar—. Estoy dispuesto a seguir. A triunfar, incluso. Deme otro paciente adecuado. Ya saben las condiciones que exige el experimento. Me refiero a las físicas y psíquicas. Especialmente, a estas últimas. Busquen al sujeto… y el doctor Karl Heinrich les dará la inmortalidad, coronel. A usted, a nuestro Führer, y a Alemania toda.

—Bien —los labios del militar se apretaron—. Lo tendrá. En breves días, tendrá otro paciente que reúna las condiciones precisas. Y evite otro suicidio estúpido, doctor. O tendremos que cancelar el proyecto. Y al Führer no le gustaría saber que, por negligencia de sus investigadores, algo tan grande se cancela. No, no le gustaría nada…

Saludó rígidamente, dio media vuelta, y se alejó hacia la salida, con su brusco paso castrense. Poco después, el montacargas volvía al militar a la superficie.

El doctor Heinrich vio alejarse la camilla con el cuerpo mutilado, y se quedó reflexivo, preocupado. Sabía lo que significaba para él y sus colaboradores *cancelar el proyecto*. Era una fría y

deliberada sentencia de muerte. El Reich no permitía errores ni fracasos.

—Habrá que hacerlo —dijo—. Ocurra lo que ocurra, habrá que hacerlo… y pronto. Presiento que esta guerra no va a durar mucho ya…

Y clavó sus ojos en el muro, en el calendario que señalaba la fecha de aquel día.

Era el ocho de marzo de 1945.

Aquel mismo día, el Rhin era atravesado por las tropas aliadas. El golpe de muerte a la Alemania nazi estaba próximo.

Hitler luchaba contra reloj. Y entre sus ambiciones, se cifraba también la de conquistar la inmortalidad. Pero eso, aquel ocho de marzo, lluvioso y sombrío, empezaba a parecer muy difícil, incluso con un genio de la Biología como el doctor Karl Heinrich, trabajando en el búnker secreto de las proximidades de Berlín.

La máquina nazi estaba en marcha de nuevo, buscando un prisionero de raza judía, capaz de someterse por la fuerza a la gran experiencia. Belsen, Auschwitz, Buchenwald, eran el gran vivero, con sus millares de cautivos torturados y famélicos.

Uno de ellos estaba destinado a la inmortalidad, si el proyecto nazi daba resultado positivo.

El doctor Heinrich sabía que había pocas fechas para intentarlo. Muy pocas. Pero no quería ser sacrificado por un fracaso. Lo intentaría todo, aunque renunciara al sueño durante días y noches enteras. Podía hacerlo. Era un hombre duro, pura fibra y energía, voluntad y fanatismo al servicio de su causa y de su ciencia.

Sólo faltaba el hombre. El sujeto. El cobaya humano de turno.

Y de eso, se ocuparía el coronel Von Straussen. Y su máquina militar y policíaca. Las SS, la Gestapo, la Seguridad del Tercer Reich…

Sí. Era ocho de marzo ya. Y los aliados cruzaban el Rhin, desparramándose por la gran Alemania invencible e inaccesible, en una invasión final que todos presentían.

Pero aún había tiempo de dar vida a la propia muerte.

Aún era tiempo…

* * *

El desventurado Franz Rohtman supo cuándo le era reventado el ojo por aquella larga y terrible aguja.

Un alarido inhumano, escapó de su garganta. Un fluido denso, corrió por su rostro, entre regueros de sangre, cuando la órbita quedó vacía, desgarrada y sin luz. Jirones de tejido y goterones de córnea colgaron del orificio abierto por la tortura atroz.

El cuerpo, alto y delgado, se debatió desesperadamente en la cámara de tormentos de aquel pabellón de exterminio e investigación del campo de Buchenwald.

Simultáneamente, la corriente eléctrica, elevada en varios cientos de voltios más, corrió por sus miembros, como un trallazo doloroso. Y el frío glacial de la cámara aumentó, marcando el termómetro los trece grados Fahrenheit bajo cero[2]. El cuerpo, desnudo y descalzo sobre el suelo especialmente formado de redes eléctricas, soportó también ese descenso de la temperatura, sólo acusado por unos escalofríos remetidos y un brutal castañeteo de dientes.

Se aferró con manos temblorosas, excitadas, gélidas por el clima ambiente en la cámara, aquello que antes fuera su ojo izquierdo, convertido ahora en un hueco sangrante, vacío y horrible. Del techo, descendió una especie de parrilla, dotada de dos cables de acero.

Tocaron su cráneo, de cabellos negros y lacios. Apenas hubo contacto, un horrible chillido escapó de labios del desdichado.

Un hedor a carne quemada escapó de su cabeza. Los cabellos ardieron rápidamente al roce con la plancha electrificada y candente. Su piel se cubrió de horribles ampollas, en todo el cuero cabelludo, enrojecido y humeante, con un acre aroma que producía náuseas.

No terminaba allí la espantosa sesión. Inflexible, incansablemente, los procedimientos de tortura, acumulados sobre el infeliz, iban en aumento progresivo, acumulados con un refinamiento realmente feroz. Y con una imaginación diabólica de todo punto.

Aquel cuerpo enjuto, devorado por la fiebre, el hambre y las privaciones, parecía soportarlo todo, en un increíble alarde de resistencia humana.

La temperatura descendió aún más, hasta los dieciocho

Fahrenheit, bajo el nivel de cero. Y el frío, artificialmente creado por los verdugos nazis, iba en aumento constante, progresivo, paulatino, para romper aquella resistencia física a la muerte, ya fuese por congelación, por dolor, por corrientes eléctricas de voltaje gradualmente más elevado, o cualquier otro de los métodos experimentados por los expertos de la Gestapo en tales lides.

—Ahora, comencemos las mutilaciones —habló con voz glacial el jefe de aquel centro de tortura de Buchenwald, Gunther von Wienner, con su emblema negro de las SS bien visible en las solapas de su uniforme y de su gorra—. Ese tipo tiene una resistencia inhumana. Me siento extremadamente curioso por lo que durará vivo… y qué es lo que podrá matarle, mi querido Wolfgang.

Asintió complacido Wolfgang Tagg, de la Gestapo, con una sonrisa perversa en sus delgados, descoloridos labios irónicos, mientras los ojos celestes brillaban malignos tras los vidrios de sus gafas de montura metálica. Hundió las manos en la gabardina clara, anudada a la cintura, y se echó hacia adelante, cayendo la sombra del ala de su sombrero sobre el centelleo cruel de aquellos ojos, habituados a presenciar el dolor y la agonía ajenas, como quien contempla un espectáculo de insuperable belleza.

—Muy bien —aceptó—. Empiecen por sus manos… Simultáneamente, quisiera ver borrar de su asqueroso rostro de judío cobarde, esa expresión de indiferencia, de estoica resistencia al dolor.

—Lo he intentado todo —resopló Von Wienner—. Creo que sólo la muerte podría borrársela.

—Oh, mi querido amigo Von Wienner, acaba de demostrarme muy poca imaginación —suspiró malévolamente el hombre de la Gestapo—. ¿Ha pensado en el vitriolo?

—Vitriolo… —las cejas de Gunther von Wienner se enarcaron, mientras el desgraciado aullaba, allí dentro de su celda de muros transparentes, donde totalmente desnuda, su larga figura se agitaba bajo trallazos de frío glacial, alternados con potentes descargas eléctricas que erizaban sus cabellos de piernas y brazos, mientras su cabeza llena de ampollas repugnantes, no cesaba de humear—. Pero eso le destrozaría el rostro, Wolfgang.

—Exacto —rió el de la Gestapo—. Así no le veríamos mirar incluso con desprecio, con ese único ojo que le queda…

—La aguja le extirpará pronto ese único ojo, y se quedará ciego, sangrante…, ¡como Edipo! —rió sarcástico Von Wienner—. De todos modos, me inclino por ese simpático sulfato, para que antes veamos desaparecer toda expresión del rostro de nuestro amigo…

Se volvió a una mesa de laboratorio. Eligió cuidadosamente un frasquito, y lo examinó a la luz, mientras un juego de cuchillas mecánicas arrancaba los dedos pulgar e índice de la mano izquierda del cautivo, cuyo chillido ahogado de dolor se confundió con el chasquido de los huesos quebrados y el corte chirriante de la carne bajo el filo acerado, al que no podía escapar, sujeto como estaba entre los cables de conducción eléctrica paulatinamente más elevada.

Con aire tranquilo, mientras la sangre goteaba desde la mano mutilada en dos de sus dedos, Gunther von Wienner fue hasta la vidriera, donde se abría un conducto de presión. Con una breve risa, derramó en su orificio el vitriolo.

Un momento después, mientras las cuchillas segaban el dedo meñique de aquella misma mano, con otro grito ronco del torturado… el vitriolo a presión saltó por el orificio de salida en la cámara de tortura.

El chorro alcanzó la faz del desventurado.

Un alarido inhumano, bestial, desgarrador, escapó de su garganta. Su boca recibió también el temible sulfato corrosivo, así como en toda su faz y cabeza abrasada.

Un humo infernal, dantesco, se elevó de la carne destrozada, carcomida brutalmente por el sulfato terrible. La cuchilla cortó el dedo corazón con un solo tajo. El frío subió de grado. La corriente eléctrica se aceleró y elevó…

Una luz roja parpadeó sobre la cámara de tortura, donde el desdichado se abatía, con el humeante rostro oculto a sus verdugos, que se inclinaban curiosamente, con sonrisa divertida, para ver el resultado de su obra.

—El corazón —avisó uno de los auxiliares del departamento de torturas de Buchenwald—. Se ha parado, *herr* Von Wienner.

Éste asintió, contemplando la luz roja parpadeante.

—Ya lo veo —masculló. Se volvió a Wolfgang Tagg con expresión entre fastidiada y desilusionada—. Nuestro hombre ha muerto. No era un superhombre, después de todo…

—No, no lo era —convino secamente el hombre de la Gestapo. Contempló el cuerpo caído, y la señal luminosa sin oscilaciones, en la pantalla de un electrocardiógrafo—. Muerto…

A espaldas de ellos, sonó un teléfono. Un funcionario atendió la llamada. Habló con alguien, respetuosamente. Luego, llamó:

—*Herr* Von Wienner. Es el coronel Berger. Está aquí… y quiere ver al torturado.

—Dígale que ya ha muerto.

—Se lo he dicho, señor. Y por eso precisamente está interesado. Dice que necesita ese cadáver, para entregárselo al doctor Heinrich.

* * *

—Es una piltrafa, *mein Oberst*. No parece siquiera un ser humano…

—Lo siento. Es todo lo que quedaba de él, después de pasar por las manos de Von Wienner y de Tagg. Usted sabe cómo son ellos, doctor. Expertos en esas cosas.

—Ya lo sé. Bien, ¿y qué quiere que haga con él?

—Usted bien lo sabe, doctor.

—¿Quiere… quiere que lo haga con… con eso? —Se asombró el médico.

—Doctor Heinrich, aquí tiene los datos clínicos de ese hombre. Ha soportado sin comer ni beber mes y medio, en Buchenwald. Ha sufrido hasta cuarenta grados bajo cero, descargas eléctricas capaces de electrocutar a cualquiera, sin ropas ni calzado, y sobre un suelo conductor de energía eléctrica. Ha sufrido la amputación de cuatro dedos de su mano izquierda y de un ojo, todo ello a lo vivo. Finalmente, ha sido abrasado su cuero cabelludo e incendiado su cabello con una plancha eléctrica al rojo vivo. Y ha sido devorado su rostro por el vitriolo. Sólo entonces se le detuvo el corazón. ¿Qué me dice a eso?

El doctor Karl Heinrich miró con asombro al muerto.

—Que es un superhombre… o un monstruo.

—Haga de él lo que sea. Pero si su naturaleza responde, habremos dado el primer paso, y el Führer tendrá noticias agradables, de sus científicos, en la lucha por la inmortalidad.

¡Vamos, doctor, obre deprisa, o ese cadáver se descompondrá, pese a las precauciones que he tomado para trasladarlo hasta aquí!

—Sí, coronel —suspiró el médico, con una expresión fría y calculadora en sus ojos—. Vamos a poner manos a la obra… y veremos lo que resulta de esto. Pero jamás un ser vivo podría ser tan monstruoso como ese pobre desgraciado, si logro devolverle la existencia, una vez muerto… y regresa de ultratumba, coronel Berger.

Afuera, hubo como una vibración intensa. Las luces oscilaron. Los dos hombres se miraron en silencio.

El militar sacudió la cabeza, ensombrecido. Y habló al fin:

—No, doctor. Esta vez, no es una tormenta. Son cañonazos, bombardeos y todo eso. Los rusos acaban de conquistar Viena. Falta poco para que los ejércitos ruso y americano se encuentren, posiblemente en el Elba. Berlín está desmantelado totalmente. El Führer ha hecho destruir la cancillería del Reichstag, y ha buscado refugio en un búnker, con el resto de su Estado Mayor. Pero aún queda una esperanza para Alemania y para nosotros, doctor. ¡Termine ese trabajo, y el Führer fingirá suicidarse, para escapar luego, una vez resucite! Pero tiene que darse prisa, doctor. Mucha prisa. El tiempo apremia, y el Tercer Reich se hunde por momentos…

Muy pálido, tragó saliva el doctor Heinrich y asintió, tomando la camilla donde yacía el cadáver trasladado desde Buchenwald en avión.

—Sí —musitó—. Me ocuparé de eso ahora mismo… y espero que esta vez resulte…

—Tiene que resultar, doctor. Tiene que resultar… o todo se habrá perdido.

Momentos más tarde, el doctor Heinrich iniciaba su gran experiencia final con un cuerpo sin vida, mutilado y horripilante.

Iba a devolver la vida a Franz Rohtman, un prisionero alemán de raza judía, torturado hasta la muerte en Buchenwald por la Gestapo y las SS.

Mientras tanto, alrededor de aquel búnker científico de los nazis, el Tercer Reich se hundía en el más sangriento apocalipsis de toda la historia de Alemania.

Y un hombre, Adolfo Hitler, esperaba el prodigio final de su

Régimen alucinante: la vuelta a la vida, la resurrección de los muertos.

El regreso de ultratumba.

Primera parte

EL MONSTRUO DE FRANKFURT

CAPÍTULO PRIMERO

La primavera de 1965 estaba siendo poco amable con los habitantes de la ciudad.

Los fríos, en vez de remitir, se mantenían estables, con lluvias frecuentes, vientos racheados, cielo nuboso, a veces desgarrado por el fulgor de los relámpagos y el estruendo de los truenos.

Las temperaturas habituales eran bajas, el clima inseguro, y los parques continuaban desnudos de verdor, con los árboles deshojados y los setos parduscos, empapados de fría lluvia durante el día, y de escarcha helada durante las noches.

No, no era una estación grata, al menos en sus principios. Claro que todavía era el mes de abril, aunque fuese en sus postrimerías, y había la confianza de que mayo, así como la primera quincena de junio, antes del verano, fuesen más generosos con los sufridos ciudadanos alemanes tras un invierno particularmente duro e inclemente. Cuando menos, en Frankfurt.

Al ex coronel Berger, del Ejército alemán, le pareció excelente, pese a todo. Diecinueve años de cárcel, eran muchos años, para que un hombre no encontrase agradable hasta un día lluvioso, turbio y gris, sin nada confortante en su aspecto.

Cuando menos, aquello era la calle, el exterior. La libertad, en suma. Había llegado a olvidar cómo era el mundo. Entre los muros de la prisión, reducida su actividad al taller de trabajo o al patio de relativo recreo, el exterior era algo tan próximo en la distancia como lejano en su acceso.

Si tenía alguna idea sobre la evolución de los vehículos, la construcción, las ropas y las costumbres, era gracias a la televisión, a las sesiones de cine o a las publicaciones que, limitadamente, salvaban los muros de la cárcel, para llegar hasta las manos de los cautivos por crímenes de guerra.

Después de Nuremberg, muchos como él habían ido a las celdas

de condenados, al menos los que salvaron su cuello de la horca o los que no tuvieron valor o cobardía suficiente —que ahí estaba el quid de la cuestión—, para quitarse la vida en su celda.

El coronel Ludwig Berger había visto salir a muchos compañeros de armas, a miembros de las SS o de la Gestapo incluso, antes de que él abandonara su celda. Y todo porque los cargos fueron menores, o hubo atenuantes de algún tipo. Su error, su único y gran error fue haber servido directamente ciertos propósitos científicos del Führer, sirviendo de intermediario entre él y sus sabios investigadores, o entre él y sus verdugos habituales de la Policía Militar, el Servicio Secreto y demás elementos policíacos de la gran máquina política nazi.

Eso le costó treinta años de reclusión. Con el trabajo, el buen comportamiento y los indultos parciales, todo eso habíase quedado en diecinueve años. Diecinueve interminables y terribles años, que habían dejado blanco y escaso su cabello, rugosa y macilenta la piel de su rostro, y apagados en gran parte sus ojos celestes, antes llenos de vida y de brillo.

Es más: ahora, incluso, llevaba gafas, cosa que nunca le sucediera antes. Claro que al ingresar en 1946 en aquella prisión especial para militares responsables de crímenes de guerra, el coronel Berger tenía solamente cuarenta y un años. Ahora, eran sesenta. Demasiados para un ex recluso. A pesar de todo, se conservaba relativamente bien. Con su rigidez y arrogancia de siempre, en especial. Eso era algo que no podía morir fácilmente en un buen soldado, se decía a sí mismo Ludwig Berger, ex coronel del Ejército del Tercer Reich.

Se detuvo en la acera, bajo la lluvia. Miró sus ropas de civil, pasadas de moda y en lamentable estado. Aquello había estado bien allí dentro, adquiridas a otros reclusos más recientes. Y así siempre, a lo largo de diecinueve años. Aun así, la gente vestía ahora mejor. Y eso que había adquirido las últimas prendas a un recluso ingresado en 1960…

Era pronto aún. Sólo mediodía. Lloviznaba con fuerza. Y hacía frío. Aterido, se alzó el cuello de su chaqueta raída, y caminó bajo los salientes de los edificios, hasta una cercana parada de autobús, en la que esperó un vehículo que anunciaba su trayecto desde allí hasta la Landstrasse, en el centro mismo de Frankfurt.

Subió, con la sensación incómoda y dolorosa de que la gente le miraba, burlándose de él o adivinando su procedencia. Enrojeció, mientras pagaba al conductor, y, se mantuvo quieto, arrinconado en un asiento, la faz pegada al vidrio por el que corría la lluvia, contemplando aquel nuevo Frankfurt, reconstruido tras la guerra, que había vislumbrado ya fugazmente en noticiarios y documentales transmitidos por la televisión alemana durante su permanencia en la Penitenciaría.

Era tremendo para él, ex coronel altivo y orgulloso de la Wehrmacht, súbdito fiel y servidor directo del Führer, verse en aquella vergonzosa y lamentable situación, tan lejos de lo que fuera su época como si aquélla jamás hubiera existido, y el Tercer Reich y la grandeza nacionalsocialista hubiera sido solamente un gran sueño irrealizable, perdido en la bruma eterna de los tiempos.

Bajó en Mainzer, antes de llegar a la populosa Landstrasse, no lejos del hotel Hamburger Hof, irreconocible tras la reconstrucción. Su mirada atónita examinó los rutilantes escaparates, ricos en ropa moderna, en electrodomésticos, en modernísimos equipos de cine, fotografía, radio, televisión… Examinó aturdido la muestra de un moderno reactor, reproducido en el escaparate de una famosa compañía aérea europea.

Y leyó, asombrado, los carteles del turismo, la propaganda de otros países para los alemanes que buscaban sol: Yugoslavia, Italia, España, Francia… E incluso las bellas campiñas inglesas o las ciudades norteamericanas.

Y para los extranjeros, la publicidad multicolor de Baviera, de la Selva Negra, de las tierras del Rihn…

—Dios mío… —susurró—. ¿Y para esto se hizo una guerra, para esto se buscó una nueva y diferente Alemania?

Entró en unos grandes almacenes, donde le costó elegir la ropa. Su espíritu conservador y tradicional no encajaba en aquellas prendas que ahora lucían los alemanes como la cosa más natural del mundo.

Pero finalmente, salió vestido de gris, correcto y sobrio, con el asombro pintado en su semblante por la carestía de la vida, y la merma de sus reservas de marcos nuevos, que él había considerado un pequeño capital, al reunirlo durante años de paciente trabajo retribuido, entre los muros de la prisión.

Sus ropas viejas, fueron desechadas, arrojadas a la basura. No quería nada que le recordase el pasado. No aquel pasado inmediato, en una celda de una prisión, durante casi una veintena de largos, larguísimos y amargos años. No aquel horrible patio rectangular, odiado de puro conocido.

Así, en aquel lluvioso día de finales de abril de 1965, reanudó el ex coronel Berger, del Ejército nazi, su contacto con la vida normal, con el mundo exterior, del que permaneciera separado durante cuatro lustros por crímenes de guerra.

Pero él no podía imaginarse que su salida de la prisión, aparentemente tan gris y desapercibida para todo el mundo en derredor, había tenido un interesado observador, desde el interior de un automóvil negro, un Mercedes Benz aparcado en una esquina cercana a la Penitenciaría.

Unos ojos, tras unas gafas intensamente oscuras y grandes, que cubrían casi la totalidad de un rostro extrañamente rígido e inexpresivo, se mantenían fijos en el hombre que abandonaba aquel recinto gris y sombrío.

Una mueca extraña distendió de forma rara la boca apretada y estirada del personaje. Sus manos enguantadas, una de las cuales, la zurda, mantenía una curiosa rigidez bajo el negro guante de piel, se apoyaron en el respaldo del asiento delantero, donde permanecía sentado un chófer de oscuro uniforme y rostro hermético.

—Ya puedes seguir, Viktor. Es todo lo que quería ver…

—Sí, Barón —asintió, grave, respetuoso, el chófer. Y puso en marcha el Mercedes, haciéndolo rodar suavemente hacia la carretera de Wiesbaden, alejándose así del centro urbano de la ciudad de Frankfurt, hacia la que se encaminó el coronel Berger, siendo pronto absorbido por la multitud de la populosa capital del Main.

* * *

Era una pensión barata. No podía ser de otro modo.

Estaba situada en Gartenstrasse, frente a la carretera del Stadium, y a menos de dos manzanas del Friedensbrücke, el puente sobre el Main. Era una casa de ladrillos, milagrosamente ilesa

después de la Segunda Guerra Mundial. En el tercer piso había una habitación libre, como podía haber diez. Cobraban por ella cinco marcos diarios que, al cambio actual, era bastante dinero.

El coronel Berger no necesitaba examinar en el diario que llevaba bajo el brazo, el *Frankfurt Bild Zeitung*, la cotización de divisas, para saber que un marco, ahora, valía mucho más que cuando él ingresó en prisión, en pleno apocalipsis nazi. Sabía lo que últimamente pagaban en el presidio por una jornada de trabajo en los talleres, y eso bastaba. Era vergonzoso que una penitenciaría se utilizase como lucro, para sacar un producto a los reclusos, explotándoles en el trabajo de manufacturas que luego, el Gobierno, vendía a buen precio en mercados extranjeros. Pero era un modo de ganar algo de dinero, tan necesario durante la reclusión. Y ése era un factor aprovechado por casi todas las naciones del mundo en sus centros penitenciarios.

Herr Ludwig Berger, coronel del Ejército nazi, pensaba que no todo en su idealismo era malo. No todo en Hitler y el nazismo fue deleznable o condenable. No, no todo… Él no hubiera consentido una inicua explotación del individuo entre rejas.

Pero todo eso quedaba atrás. Ahora, con esos marcos duramente ganados tras los muros de la cárcel, podía pagarse aquella pensión, mala… y cara. Y tratar de empezar. O de volver a empezar, para ser más exactos.

Aquél era el nuevo principio. Doloroso, duro principio. La pensión, indigna de un ex oficial del Ejército nazi. La cama de metal, el triste lavabo arrinconado, la ausencia de un baño o siquiera de una ducha… Y la vista tristona a Holbeinplatz, a Stadel Galery Art. Y atrás, por la ventana del corredor, el río y la vista neblinosa de Frankfurt, bajo una densa capa de nubes y una fina llovizna fría…

No era un buen principio, ciertamente. Esperaba que algo, si no todo, fuese mejor en las próximas horas. Cuando menos, había podido telefonear a su hijo. Se preguntó cómo sería el encuentro con el joven Artur Berger. Le había dicho algo insólito por teléfono. Que era en la actualidad… ¡cantante de rock!

Increíble. El hijo de un ex coronel del Tercer Reich, de un hombre de confianza del Führer…, ¡músico y cantante de club nocturno de tercera categoría!

Pero el muchacho parecía feliz con su ocupación. Sí. Mamá había muerto. Hacía de eso ya casi doce años. Él recordaba la carta a la prisión, el dolor amargo y seco, sin lágrimas, ya que un soldado nunca llora…

Y ahora…

Ahora, Artur era eso: músico, cantante… Una guitarra eléctrica, una melena, una voz entre el bullicio… Había visto a otros por televisión. No conocía su mundo, pero no lo entendía tampoco. ¡Cielos, cómo habían cambiado las cosas en veinte años! Del «paso de la oca» a… al rock, la guitarra eléctrica, las melenas y los bailes espasmódicos.

—Tal vez me quedé viejo —suspiró el coronel—. O me quedé atrás, no sé…

Sacudió la cabeza canosa. Miró su reloj. Las cinco en punto. Miró la mesa, con emparedados a la americana, cerveza, cola de refresco burbujeante —¡aquella absurda bebida importada de sus enemigos mortales!—, la silla dispuesta para Artur.

—Oh, cielos, cómo deseo verle… —musitó—. Es lo único que me queda…

Había dicho que estaría allí entre cinco y cinco y cuarto. En sus tiempos, siempre se era puntual. Ahora… sólo Dios sabía. Cuando menos, los minutos pasaban. Y Artur no llegaba…

A las cinco y diez minutos, un automóvil hizo funcionar sus frenos frente a la casa. Miró por la ventana. Un feo y actual Wolkswagen rojo —había visto algunos por televisión, en la penitenciaría, pero ninguno tan chillón como aquél— se detenía ante la casa de ladrillos de la Gartenstrasse. De él descendió aquel joven alto, enjuto, rubio, esbelto y singularmente vestido de colores estridentes… ¡Artur!

Sintió una rara emoción. Le vio entrar en el portal. Sólo tres pisos con el ascensor viejo, de verja de hierro y sonido destartalado… y estaría allí. Su hijo… Lo único. Lo poco que tenía ya en una vida que ni siquiera parecía la suya propia, sino tomada simplemente de prestado…

Percibió el chirrido del vetusto sistema de funcionamiento del ascensor, casi un viejo montacargas encristalado. Esperó, frotándose las manos, nervioso. Esperando hacer un buen efecto en su hijo, que nunca fue a verle a la prisión, porque su madre le había hecho jurar

que no lo haría…

—Oh, Artur, Artur, hijo mío… —jadeó el ex militar nazi—. ¡Cuánto he soñado con este día, y qué lejos pensé siempre que estaba…!

Siguió esperando, impaciente… Tremendamente impaciente, como jamás lo estuvo, ni siquiera para salir definitivamente de aquellos horribles muros que parecían aplastarle contra el pavimento, demoler su personalidad, destruir su cerebro y sus ideas…

Ni siquiera se dio cuenta de que hacía rato que el ascensor metálico, chirriante, ruidoso y vetusto, había dejado de funcionar, y estaba parado en alguna parte. Pero su hijo no llegaba…

* * *

Artur Berger no entendió en principio.

El hombre alto, entró con él en la grande, destartalada y estruendosa cabina ascendente del ascensor entre rejas. Lo hizo cortésmente, con un seco «disculpe, señor», entre dientes apenas, hundidas sus manos en los bolsillos de su largo gabán negro, de tejido no demasiado grueso, y a prueba de lluvia.

Artur Berger le contempló pensativo, intrigado. Era un tipo curioso. Más que curioso: extraño. Más que extraño: inquietante.

Inquietante.

Sí, ésa era la palabra justa. Inquietante. En todo. En su figura larguísima, estirada, vertical, de oscuro sobretodo abotonado, de flexible también azul marino; en su rostro singular, rígido, inamovible, como una máscara de cera o cosa parecida. Tras las gafas oscuras de sol —y nunca hubo menos sol sobre Frankfurt que aquella odiosa tarde, pensó para sí el joven Artur—, los ojos eran virtualmente invisibles. Al menos desde el exterior, ningunas gafas le habían parecido nunca a Artur tan espesamente negras, como de ciego o poco menos.

—Perdone —dijo el desconocido, cortésmente—. Si no le importa, voy al segundo…

—No, claro que no —dijo alegremente el hijo del coronel Berger —. Yo, al tercero.

El viejo ascensor se puso en marcha, trabajosamente, con un chirrido de poleas, cables engrasados defectuosamente, y mecanismo anticuado.

—¿El tercero? —La boca estirada, de delgados labios sin color, se distendió enigmáticamente—. Oh, entiendo. La pensión de *herr* Bloch. ¿Algún familiar, joven?

—Sí —dijo Artur, escueto, inclinando la cabeza—. Mi padre.

—Entiendo —dijo simplemente el compañero de viaje—. Hace bien en visitarle. Hoy en día no abundan los buenos hijos.

—No lo entendería —sonrió el muchacho, echándose atrás su larga y suave melena rubia, muy bien cuidada—. Hace tiempo que no nos vemos. Años. Él… él estuvo ausente.

—Oh, ya veo —el desconocido le miraba fijamente desde detrás de sus gafas negras, negrísimas, insondables—. Ya veo… Le felicito, joven. Es usted un buen chico. Ama a su padre, ¿eh?

—No sé… Aún tengo que estar seguro de mí mismo y de mis sentimientos. Pero sí sé algo positivamente: daré una gran alegría a mi padre, eso seguro. Está soñando con el momento de verme de nuevo… y eso le hará feliz.

—Feliz… —repitió la palabra el desconocido, con rara entonación—. Sí, eso es importante. Sentirse feliz, aunque sea por un momento. Sólo que… hay quien no lo merece ni un solo instante de su vida, por muchos años que dure su existencia…

—¿Cómo? —indagó el muchacho, sorprendido, volviéndose a él —. ¿Qué dijo, señor?

El ascensor se había parado en el piso segundo. El desconocido abrió la puerta de cristales, ante la verja que daba paso al rellano. Pero no fue más allá. Luego, lenta, parsimoniosamente, se volvió hacia él.

—Nada —musitó—. No quiero decir nada, muchacho… Sólo que… no tengo nada contra ti. Pero debes morir…

—¿Qué…? —farfulló Artur Berger, creyendo que todo aquello formaba parte de una broma incongruente, falta de sentido y de humor.

Luego, supo que no era así.

Que el misterioso, largo, hermético viajero del ascensor, era la muerte misma.

CAPÍTULO II

La muerte…

Y la muerte, a veces, era particularmente cruel, particularmente feroz y sanguinaria con sus víctimas…

Especialmente, iba a serlo en esta ocasión.

—Debes morir, jovencito —repitió el hombre de larga figura y rostro extraño—. Así está decidido ya…

Artur pensó que se las había con un loco. Y encerrado en un ascensor que no podía ahora subir ni bajar, paralizado por la puerta interior abierta, dentro de la jaula destinada a su recorrido, un loco era siempre una compañía sumamente peligrosa.

No era un muchacho fuerte, pero era joven y ágil. Intentó hacer algo, mientras su extraño compañero del ascensor hundía la mano bajo su sobretodo negro, largo casi hasta los pies.

Se precipitó hacia la puerta metálica, con la intención de abrirla y saltar al rellano, donde ya estaría virtualmente a salvo, con las escaleras ante sí, para subirlas o bajarlas huyendo de una posible agresión.

Se interpuso el desconocido con una presteza pasmosa. Su mano enguantada emergió del interior del gabán.

Esgrimía un arma rara, terrorífica. No era una daga, ni un estilete, ni nada que se le pareciese. Tampoco un arma de fuego. Artur Berger, interceptado en su carrera a través de la destartalada cabina colgante, contempló con ojos dilatados de horror aquel objeto hacia el que su cara, insensiblemente, se proyectaba, llevada por el propio impulso dado a su cuerpo en el intento de evasión.

Muy a tiempo, pudo evitar lo peor, pese a que sintió agudos, dolorosos y profundos desgarros en su rostro. La sangre corrió por él, cálida y espesa, desde varias heridas incisivas.

Retrocedió un paso, angustiado, mientras el rostro aquel no expresaba nada, y los ojos seguían siendo totalmente invisibles tras

los oscuros vidrios de los lentes impenetrables.

Dominando como pudo el dolor de sus heridas, siguió reculando, ante la visión espeluznante de aquel artefacto, sujeto con mano firme por el extraño…

Era una especie de plancha cóncava. Un óvalo de hierro, con el tamaño de un rostro, provisto de una serie de pinchos o púas aceradas, puntiagudas y cortantes, unas rectas, rígidas como clavos, otras retorcidas, haciendo arabescos de metal incisivo, como garfios dispersos sobre la negra superficie férrea.

—¿Qué… qué significa…? —jadeó el joven, observando que aquella plancha de metal mostraba casi todas las púas incisivas y más prolongadas… a la altura exacta en que estarían los ojos de un ser humano, sobre un rostro de similar óvalo al del instrumento, digno de una espantosa tortura medieval.

—Significa tu muerte, muchacho —dijo la voz sibilante, saliendo de entre los tensos, estirados labios—. Pero una muerte distinta y terrible ¡como merece un Berger!

Se precipitó, inesperadamente, con una agilidad y fuerza física insospechadas, sobre el joven herido. Éste gritó roncamente, trató de luchar. Era inútil. La larga figura parecía dotada de un poder sobrehumano, de una fuerza casi titánica. Ni siquiera logró moverle, apartarle de sí.

Quiso bajar el rostro, casi lo consiguió, eludiendo aquel pavoroso óvalo de púas y garfios… pero su enemigo bajó la plancha de repente… y la estampó contra la faz toda de Artur Berger.

Un alarido horrible, inhumano, brotó de labios del joven, entre borbotones de sangre. Sintió cómo uno de aquellos garfios desgarraba sus labios, penetraba entre sus encías y dientes, enganchando la lengua y el paladar y reventándolos en jirones sangrantes. Notó el horror de quedarse ciego por vaciado de sus ojos, taladrados por dos púas terribles, que casi alcanzaban su cerebro.

Debajo, justo en el borde inferior del óvalo cóncavo de hierro, un garfio curvado hacia arriba, se hincó bajo el mentón de Artur Berger, desgarrándole la garganta brutalmente.

Entre chillidos de agonía, el joven se desplomó dentro del ascensor, aullando al sentir la oscuridad de sus ojos chorreando sangre y humor córneo. Sus manos sólo tocaban desgarros y sangre

en ebullición, jirones palpitantes de carne humana destrozada por tan diabólico adminículo.

Rápido, el agresor tiró de la máscara de hierro, arrancándola, goteante de sangre, del rostro de su víctima, que se quedó allí, boca arriba, como una irreconocible, alucinante máscara de sangre, de destrozos, de agonía dantesca.

Corrió a las escaleras, las subió con sus largas piernas, de dos en dos, de tres en tres. Pulsó el llamador de la puerta a la que se dirigía. Abrióse casi en seguida la misma, y apareció, impaciente, aguardando ver a su hijo, el ex coronel nazi.

—Artur, hijo querido… —comenzó, asomando a la escalera.

Se quedó callado, sorprendido, la vista fija en el alto hombre desconocido y extraño que llamara. Llevaba un brazo a la espalda, como ocultando algo.

—¿Ex coronel Berger? —preguntó suavemente la visita.

—Sí, yo mismo… —miró a la escalera, sorprendido. Vio gotas de sangre, como un reguero tras del desconocido, y dilató sus ojos con temor e incertidumbre—. ¿Qué es lo que sucede?

—Esto, *mein Oberst* —rió sarcástico el altísimo hombre inexpresivo—. ¡Recuerda el proyecto de la inmortalidad nazi!

Y su mano surgió de repente, desde detrás de su espalda, estampando en el rostro del antiguo coronel nazi aquel espantoso mascarón de hierro, erizado de púas terroríficas.

Un aullido animal, de fiera herida, de hombre en el paroxismo de la agonía, el dolor y la angustia, sacudió la escalera toda del edificio de Gartenstrasse.

Bajo el hierro erizado de púas de muerte y destrucción, chorreó la sangre en alud burbujeante, mientras Berger retrocedía y caía, convertido en un monstruo de faz de hierro.

Rápidamente, su verdugo le arrancó la forma cóncava, de hierro sangrante, y sin importarle que sus enguantadas manos gotearan sangre humana copiosamente…

* * *

—Doble asesinato, señores. No hay duda alguna.

—¿Qué arma utilizó el asesino?

—Desconocida por completo. Cuando se estudien las huellas dejadas en los rostros de ambos hombres, padre e hijo, podremos juzgar con mayor conocimiento de causa.

—Eso es muy vago, inspector.

El inspector de policía de Frankfurt, Emil Walter, giró la cabeza hacia el reportero del *Zeitung* que acababa de hablar. Su mirada fue fría.

—Entonces, mi querido amigo, dígame usted la clase de arma que fue utilizada, teniendo en cuenta que, simultáneamente, le fueron vaciados los ojos a ambos hombres, cuando sufrieron sus respectivos ataques, y mientras eso sucedía, también su lengua, sus labios, encías y paladar, sus mejillas, su garganta, su frente y cuero cabelludo, e incluso sus oídos, sufrían desgarros tales, que fue como si un centenar de armas a la vez, hubieran actuado sobre los órganos vitales del rostro, incluida la tráquea, para extinguir su vida en una hemorragia y un destrozo horribles, privándoles de la facultad de ver, de hablar, de oír… ¿Se atreve a dar una teoría sobre esa especie de arma? ¿O usted? ¿O usted?

La pregunta se iba dirigiendo alternativamente a todos ellos. La rueda de Prensa permaneció silenciosa, en torno al funcionario de la policía local. La entrevista, televisada a toda la región, como era costumbre cuando un caso policíaco se salía de lo normal, debió de impresionar tanto a los televidentes, como a los que asistían a la misma en el set de la Emisora de TV de Frankfurt.

Una sonrisa cansada asomó a los labios del rubio y vigoroso policía, tras estudiar pensativamente a los informadores.

—¿Lo ven, caballeros? No es tan fácil sacar una conclusión.

—Tal como usted lo ha expresado, inspector, ni que los Berger, padre e hijo, hubieran pasado por el tormento de la «doncella de Nuremberg» —dijo alguien.

El inspector Walter se volvió con sobresalto hacia el que había hablado. Tropezóse con un rostro joven, enérgico, risueño y reflexivo a la vez.

—¿Quién es usted, señor…? —preguntó, algo seco.

—Derek. Neil Derek. De la *World News*, de Nueva York —sonrió el aludido con una inclinación cortés de cabeza—. Agencia de noticias para Prensa, Radio y Televisión.

—Entiendo. Un americano…

—Pues sí: un americano que ha nombrado lo único que se le ocurre en este momento.

—¿La… «doncella de Nuremberg»?[3]

—Exacto. ¿Ve otra cosa más plausible, inspector?

—No. Pero nadie viaja de casa en casa con un instrumento semejante sobre sí. Y no creo que lo hiciera tampoco nuestro asesino. Es altamente improbable, señor Derek.

—Lo sé —suspiró el reportero de Nueva York—. Sin embargo, es una idea, ¿no?

—Tal vez —se encogió de hombros el policía—. Tal vez… Reducido a la sola forma de un cráneo o un rostro… sería válido. En suma: usted sugiere una… una máscara, hecha a semejanza de ese instrumento medieval de tortura, ¿no es así, señor Derek?

—Más o menos, eso es lo que se me ocurrió, inspector.

—Muy inteligente idea —Walter estudió ceñudo al joven—. No recordaba haberle visto aquí en anteriores ruedas de Prensa, señor Derek.

—Acabo de llegar de Estados Unidos. Es mi primer trabajo en Frankfurt. Cuando leí la noticia y vi esas fotografías de la policía, en el edificio de Gartenstrasse, tuve curiosidad por saber qué tenía usted que decirnos sobre ello.

—Pues ya lo ve. Lamento haberles defraudado a todos —el policía se puso en pie—. No tengo, todavía, absolutamente nada que decir.

—¿Ni siquiera sobre el móvil o personalidad del criminal? —insinuó alguien.

—Ni siquiera sobre eso. Pero les aseguro que, apenas sepamos algo, se lo diré, caballeros, a todos ustedes.

—Una pregunta más, inspector, antes de que termine la rueda de Prensa —era otra vez el joven Derek quien hablaba.

—¿Sí? —Se volvió al americano, esperando su cuestión—. Pregunte, señor Derek.

—¿Quiénes eran, exactamente, Ludwig y Artur Berger, además de padre e hijo?

El inspector apretó los labios. Su mirada reveló astucia e interés al fijarse en el periodista de la Agencia neoyorquina de noticias.

—Ex coronel del ejército alemán. Fue condenado por crímenes de guerra, al ser ocupado Berlín por los aliados. Trabajaba

directamente a las órdenes del Führer en cuestiones experimentales, y era un enlace con las SS y la Gestapo, hasta incluso durante la reclusión en el búnker berlinés. Cumplió diecinueve años de condena en la prisión.

—¿Su hijo era su única familia?

—Ahora, sí. Tuvo una esposa, que murió. Vivieron distanciados entre sí, a causa de lo que ella pensaba sobre su esposo y sus actividades como coronel nazi.

—¿Y su hijo?

—Su hijo era totalmente apolítico. Músico y cantante moderno, sólo pensaba en su modo de trabajar y de expresarse, a través de la letra y música de sus canciones. Actuaba en discotecas y clubs juveniles.

—Sí, inspector, entiendo. Creo que es todo, muchas gracias —murmuró Neil Derek, mientras el policía le dirigía una mirada pensativa y curiosa.

Se terminó allí la rueda de Prensa. Se apagaron los focos, y cesaron de actuar las cámaras de televisión. Los periodistas se dispersaron, comentando entre ellos agitadamente. Neil Derek se iba junto con los demás, tras recoger su gabardina, cuando le sorprendió la voz del inspector:

—Usted, señor Derek, por favor. No se marche aún. Quisiera hablar con usted un momento, cuando todo esto haya pasado…

Intrigado, el joven americano asintió, girando la cabeza.

—Sí, inspector, por supuesto —aceptó, sin ninguna emoción en particular reflejada por su tono o su voz.

* * *

—Conque… la «doncella de Nuremberg», ¿eh?

—¿Sigue pensando en eso, inspector? —rió entre dientes Neil Derek—. Olvídelo, se lo ruego. Creo que mi imaginación fue demasiado lejos. Quizá solamente utilizaron uno de esos mazos medievales, erizados de pinchos de hierro…

—No, señor Derek. Eso hubiera aplastado el cráneo de cualquiera de ellos, y nada de eso sucedió. Solamente sus rostros fueron desfigurados monstruosamente. Tal como si una máscara de

hierro les hubiera sido aplicada, para ser exactos. Usted estuvo cerca de esa solución. Creo que fue el único en sugerirla con bastante tino, amigo mío.

—Todavía no puede estar seguro de ello, inspector.

—Lo estoy —suspiró Emil Walter, tirando hacia él un documento mecanografiado, que reposaba en su mesa de trabajo—. Lea eso. Es el informe forense de última hora.

El reportero americano tomó aquel escrito. Le bastó una simple ojeada para entenderlo.

—Ya veo —murmuró cansadamente—. Le aplicaron el mismo objeto a cada uno: un objeto cóncavo de metal… erizado de púas en distintas formas y direcciones. Ojos vaciados, lengua destrozada, labios hendidos, garganta desgarrada… Una mutilación propia de una mazmorra de otros tiempos.

—Sí, señor Derek. Un crimen digno de un verdugo medieval —musitó el policía.

—O de un torturador de la Gestapo, por ejemplo —rió entre dientes Derek.

El rubio, recio policía de Frankfurt, se irguió con sobresalto. Miró hostilmente a su visitante.

—La Gestapo… —repitió—. ¿Por qué ha tenido que citarla, señor Derek?

—Usted la nombró antes, en relación con el ex coronel Berger, ¿no lo recuerda?

—Eso era otra época. Ustedes, los americanos, tal vez piensen aún que Alemania es responsable de cuanto se hizo durante el nazismo. Debo decirle que de todo aquello…

—Por favor, inspector Walter, no me suelte ahora un sermón. Sé lo que es hoy Alemania. Pero hablábamos de algo de otros tiempos. Y no creí preciso irme tan lejos como todo eso. El medievo está demasiado distante. La Gestapo, no.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó Walter, ceñudo.

—No sé. Se me ocurrió pensar en…, en la venganza.

—¿Venganza?

—Ya me entiende. Mucha gente sufrió la represión policíaca del régimen en aquellas fechas. ¿Por qué no suponer que alguien sobrevivió… y estuvo esperando al coronel Berger para devolverle golpe por golpe?

—¿Diecinueve años esperando?

—El que odia hasta ese punto, espera lo que sea preciso.

—¿Y el muchacho? No se mezcló en nada. Pudieron, incluso, haberle matado antes.

—Quizá el regreso del padre a la vida, a la libertad, fue el revulsivo esperado. No sé, inspector. No soy policía. Sólo hablo en teoría.

—Sus teorías me parecen muy interesantes, señor Derek. Ya lo fue antes, con su sugerencia sobre la «doncella de Nuremberg». La forma de matar esta vez, no deja de ser un remedo de ese procedimiento. Por eso le pedí que esperase. Usted parece un hombre de ideas brillantes. Quería discutir con usted el asunto. Y, ciertamente, voy a seguir sus directrices en otro punto.

—¿Cuál, inspector?

—Ese de la posible venganza… —se frotó el mentón Emil Walter —. Es difícil extraer ahora datos de la guerra. Los archivos están destrozados, saqueados, destruidos en bombardeos… Pero buscaré una posible venganza, un ser torturado que esperó veinte años… Sí, buscaré por ese lado, amigo mío.

—Yo también…, a mi modo —sonrió Neil.

—¿Qué quiere decir? Esto es labor de la policía…

—Inspector, un periodista es por naturaleza curioso. Si logro saber algo sobre las actividades del coronel Berger y descubro a alguna persona que pudiera aborrecerle hasta el punto de vengarse de él en semejante forma… al tiempo que se lo hago saber, podré informar a mis lectores de Nueva York sobre un apasionante caso criminal.

—No puedo prohibírselo. Pero tenga cuidado, señor Derek. Recuerde que no estará buscando a una estrella de cine o a un famoso deportista, sino a un feroz asesino que quizá tenga la mente enferma…

—Eso… no es fácil que lo olvide, inspector —dijo risueñamente Neil Derek, antes de abandonar el despacho del inspector de policía de Frankfurt Emil Walter.

CAPÍTULO III

El vaso cayó de la mano del hombre de avanzada edad.

Se quebró con estrépito en el suelo encerado del comedor. Un temblor convulso agitó esa mano violentamente.

—Papá… ¿te ocurre algo? —preguntó solícita Erika, apartando sus ojos de la televisión para volverlos hacia su padre.

—No, no… —rechazó el hombre de cabellos blancos y rostro cansado, moviendo negativamente la cabeza—. No es nada, querida. Nada en absoluto. A veces, me falla el pulso. No se puede ser demasiado viejo…

Ilse, la esposa, de cabello oscuro, menos canoso que el de su marido, pero salpicado también de mechones gris plata, miró preocupada al esposo. Luego, a su hija. No dijo nada, limitándose a seguir contemplando la televisión, donde acababa de iniciarse el programa, grabado en video, para su transmisión en diferido, titulado *Rueda de Prensa con…*

Esta noche, el entrevistado por los reporteros de Frankfurt era su jefe de policía, Emil Walter. El tema: el crimen en general. Y, en particular, un doble asesinato muy reciente, particularmente sangriento y extraño…

—Estaba tan abstraída con lo que están hablando sobre ese asesinato, papá, que lograste sobresaltarme al romper tu vaso.

—Crímenes… —el viejo sacudió la cabeza, casi iracundo—. ¡Qué temas para tratar en televisión durante una sobremesa!

—Es necesario abordar con valentía todos los temas, papá —declaró la joven serenamente—. Los muchachos de hoy exigimos la verdad en todos sus aspectos.

—Pero ese asunto es poco agradable… ¿Por qué no ponemos el canal donde transmiten el programa musical de…?

—Oh, papá —se quejó Erika—. ¿Es que no vas a dejarme oír lo que hablan? Es fascinante.

—Sí, Karl. Será mejor que dejes a Erika elegir sus propios programas. —Ilse, su mujer, le puso una mano en el brazo, mirándole fijamente. Ni su esposo ni su hija advirtieron el leve, espasmódico temblor de las comisuras de sus labios al hablar—. Además, no veo lo que pueda tener de malo esto. Hablan de un caso que nos preocupa a todos…

—Por favor. Ilse, preferiría que no hicieras comentarios así —cortó fríamente su esposo, poniéndose en pie. Dejó caer la servilleta, e incluso uno de los cubiertos de plata, antiguo y con las iniciales de la familia grabadas en su empuñadura—. Personalmente, detesto esas noticias sensacionalistas y de mal gusto.

Se dispuso a salir del comedor, cuando en la pantalla de televisión aparecía un joven de aspecto deportivo y risueño, que lanzó un simple comentario irónico:

—Tal como usted lo ha expresado, inspector, ni que los Berger, padre e hijo, hubieran pasado por el tormento de la «doncella de Nuremberg»…

Karl se paró en seco, entornando los ojos con fría expresión. Contempló la imagen en el televisor. Luego, con una convulsión que contrajo la mitad de su rígida faz con un tic violento, echó a andar, alejándose rápido, y cerrando tras de sí con un portazo brusco.

Madre e hija se quedaron solas en el comedor, ante la pantalla fluorescente. Cambiaron una mirada tensa. Al fin, la joven sonrió, encogiéndose de hombros.

—Papá está nervioso —comentó.

—Ya lo he notado. Esos temas le irritan —estudió al policía Emil Walter y al joven periodista americano que dialogaban ante las cámaras—. Realmente, es un caso muy duro y desagradable, Erika…

—Pero ha sucedido aquí, en esta ciudad. Todos tenemos derecho a saber qué ocurre, qué podemos temer de un maníaco capaz de destrozar así a unos seres… —Erika entornó los ojos y suspiró, amargamente—: Yo conocía a ese muchacho, mamá.

—¿Eh? —La madura dama se volvió, sorprendida, hacia la joven —. ¿Qué es lo que has dicho?

—El muchacho asesinado, Artur… Se hacía llamar Artur Scott, por esa moda absurda de parecer un americano cantante de rock…

—bajó el rostro, y la luz del comedor aburguesado y familiar hizo reflejos dorados en sus cabellos, color oro viejo, suaves y sedosos—. Actuaba en la discoteca adonde acostumbro a ir… Es algo horrible, mamá, recordar a un muchacho alegre, simpático, lleno de vida… y saber luego que alguien pudo hacer algo tan espantoso con él…

—Tu padre quizá no lo vea bajo ese prisma —suspiró al fin la madre—. La guerra endurece a los hombres, y él estuvo en esa horrible guerra que perdió Alemania. Creo que nunca se rehízo de ese *shock*. Ni de lo que luego llegó: los interrogatorios de los aliados, la prisión por unos pocos años, el indulto posterior, la amargura de la derrota, la nueva Alemania nacida sobre escombros… Sí, hija. Tu padre no puede opinar como tú. Yo te entiendo mejor. Y no es porque lleves mi sangre, sino… porque soy mujer.

Erika sonrió, cálidamente, oprimiendo la mano fuerte y segura de su madre. Ambas reclinaron sus cabezas, muy juntas. En la televisión, terminaba la rueda de Prensa. El presentador del programa concluía el espacio:

—Y ahora, señores, confiemos en que la policía dé feliz término a la búsqueda de ese terrible, feroz asesino sin piedad, ese pobre loco tan peligroso que, quizá, en estos mismos momentos, esté escuchando y presenciando este programa desde un hogar normal de nuestra ciudad, sin que nadie pueda imaginar siquiera que él es el terrible monstruo que ha ensangrentado nuestra vida y nuestra ciudad…

* * *

—Kristine, cierra ese maldito televisor —jadeó la voz en la penumbra de la sala—. Empieza a irritarme con sus vacías y ridículas frases hechas…

—Sí, querido —musitó dulce, humildemente, la mujer delgada, fibrosa, de apagados ojos grises y cabellos canosos, llamada Kristine —. En seguida… No deberías haber presenciado el programa…

Cerró el receptor de televisión. Hubo un espeso silencio en la sala sumida en sombras. Una mano enguantada, particularmente rígida en los dedos, se alzó, sujetando un cigarrillo con una larga

boquilla de plata. Fumó en silencio, muy lentamente, reteniendo sus estirados dedos aquel cigarrillo humeante.

Kristine volvió a sentarse, siempre humilde, en un butacón tapizado de color rojo intenso, casi violáceo. Crujió el asiento purpúreo, mientras un pequeño gato negro maullaba en un rincón, centelleante sus oblicuos ojos amarillos. Luego, saltó sobre el regazo del hombre altísimo, vestido de oscura bata larga.

Otra mano, ésta sin rigidez, acarició al animal lenta, muy lentamente. Luego, de súbito, al llegar a su cuello, lo aferró con mayor energía. Maulló el animal. No pareció importarle. Apretó y apretó…

El felino se agitó, extrayendo rabiosamente sus uñas. Abrió la boca, bufando. Sus ojos se desorbitaron, le colgó fuera la lengua, entre los incisivos y menudos colmillos.

Lo alzó él en alto, lo agitó como un negro pingajo en el aire…

—Por favor, Franz… —susurró ella roncamente, implorante casi.

Él no le respondió. No cesó de apretar y apretar, dominando todos los afanes desesperados del gato. Cuando lo soltó, el desdichado animal, tras un ronco maullido agónico, rodó por la alfombra, sin vida.

Los ojos del hombre, tras unas gafas oscuras, contemplaron fríamente al animal muerto. La mujer ocultó los ojos tras sus manos estremecidas.

—Lo siento —musitó él—. Me irritaba a veces… Puedes traer otro.

—Tal vez lo traiga —susurró ella, encogiéndose de hombros, muy pálida—. Pero el pobre no había hecho mal alguno…

—Ni tampoco lo hará ya —rió entre dientes él, tras aquella boca estirada, inmóvil, en un rostro también inmóvil, inexpresivo, como tallado en un material rígido que no fuese carne humana, dotada de músculos y de vida propia—. Dile a Viktor que lo entierre. Prefiero no verlo. Me disgusta ver cadáveres… Tú lo sabes, Kristine.

—Sí, Franz, querido… —fue lo único que salió de los labios pálidos y exangües de ella, mientras contemplaba, lejana y apenada, el cadáver del pequeño gatito negro, al pie del hombre, sobre la alfombra, también del color de la púrpura, como los asientos del salón donde el televisor era ya una ventana apagada, cerrada al exterior.

* * *

Wolfgang Tagg contempló a su hermano fijamente. Tiró el *Bild* sobre la cama.

—Eso me asusta, Gerd —declaró hoscamente.

—¿De veras? —rió entre dientes Gerd Tagg—. Nunca pensé que tú tuvieras miedo a nada ni a nadie. ¡Todo un ex miembro de la Gestapo, la temible y omnipotente Gestapo de los viejos tiempos…, asustado ante los fantasmas del pasado!

—Ésos no son fantasmas, sino seres de carne y hueso…, triturados por un instrumento de tortura en manos de un loco —jadeó Wolfgang duramente—. Además, tienes razón en algo, hermano: son los viejos tiempos. La Gestapo es historia. Para algunos, triste historia. Yo no soy ya nada. Sólo un hombre prematuramente envejecido, y que pagó sus posibles culpas.

—Para algunos, Wolfgang, la Gestapo jamás pagará del todo sus culpas —dijo severamente su hermano.

—¿Tú opinas como ellos? —Se molestó Wolfgang, rebulléndose inquieto en la cama, para toser luego violentamente, hasta que tomó una cucharada de jarabe. Luego, contempló el exterior, sombrío y lluvioso, a través de la ventana. La casa del genial Goethe destacaba allá enfrente, no lejos del Ayuntamiento. Todo gris, tristón y melancólico como aquella hosca primavera.

—No digas tonterías, Wolfgang. Bromeaba, simplemente —su hermano se puso más serio al añadir—: Creo que todo eso pasó a la historia. Todo el mundo comete errores. Sólo que no los pagan sino los que pierden las guerras. Los demás vencen, y los errores se ocultan. Es lo de siempre, hermano. Lo que debes hacer ahora es cuidar ese catarro y olvidarte de los dos crímenes. A fin de cuentas, ¿qué pueden tener que ver contigo?

Wolfgang inclinó la cabeza, sombrío. Su mirada vagó por la estancia, confortable pero anticuada. Quizá tan anticuada como sus propias ideas, pensó Wolfgang Tagg, el que fuera hombre fuerte de la temible y cruel Gestapo. Sus gafas ahora tenían muchas más dioptrías, su rostro más arrugas, su cabeza menos cabellos… y más blancos también.

—Yo conocí mucho al coronel Berger —confesó finalmente, de mala gana.

—¿De veras? —Su hermano, menor que él, y nunca mezclado en problemas políticos, puesto que sólo tenía dieciséis años cuando la guerra, y aunque fue movilizado con otros muchachos demasiado jóvenes para las armas en los momentos finales y desesperados del Tercer Reich, fue de los pocos afortunados que salieron con vida de entre las Juventudes Hitlerianas reclutadas para defender Berlín contra los carros blindados soviéticos, en estéril y sangriento sacrificio—. ¿Hizo algo malo que mereciera ese castigo final?

—No hables de castigos, te lo ruego… —se estremeció Tagg, con ojos amedrentados. Respiró hondo, notándose el hervor de sus bronquios enfermos—. Berger era militar. Servía directamente para el Cuartel General. Traía y llevaba mensajes del Führer. A veces nos ordenaba las cosas que debíamos hacer, a petición de nuestro gran Adolf Hitler…

—Bueno, supongo que casi todo el mundo de una edad similar habrá tenido algo que ver con los sucesos bélicos de hace veinte años. Eso quedó atrás, y no hay por qué relacionarlo con la doble muerte de la Gartenstrasse, Wolfgang.

—No sé… Quisiera pensar que es así, pero a veces me asusto… Y me pregunto si…

Se detuvo, sin terminar la frase. Le alentó su hermano, intrigado, sentándose en el borde del lecho:

—¿Qué te preguntas, Wolfgang?

—No, nada —resopló el ex hombre de la Gestapo—. Nada que tenga significado, por supuesto. Es…, es todo tan absurdo, tan lejano y tan olvidado ya… Pero siempre me dije que aquello traería mala suerte. Que no podría salir bien.

—¿A qué te refieres?

—A algo que hicimos en abril de 1945… Luego cayó Berlín, se suicidó el Führer, el búnker fue volado, los rusos entraron en Berlín, la guerra se perdió… —sacudió la cabeza, muy pálido—. Ahora… Ahora, no sé realmente si todo esto es una continuidad de aquello…

—Decididamente, estás loco si piensas así, hermano —suspiró Gerd Tagg, incorporándose con un gesto de cansancio y aburrimiento. Bostezó, mirando a la calle—. Debo irme. Roszy empezará a impacientarse, seguramente, si tardo en llegar a la cita. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, Gerd. Gracias. Todo está bien ahora. No sabes cómo te

agradezco que me ayudes, que no te olvides de este hermano tuyo que…

—Bah, no digas tonterías —cortó con una breve risa amable el joven Gerd. Porque un alemán que hubiese vivido directamente la guerra siendo casi adulto, o al menos adolescente, podía considerarse realmente joven a los treinta y seis años de edad—. Vendré a verte el próximo jueves. Te traeré algunas cosas. Y si necesitas más dinero, yo te…

—No, no —rechazó vivamente el enfermo, incorporándose en su lecho—. Con todo esto tendré suficiente para lo que resta de mes y parte del siguiente. Gracias por todo, una vez más, Gerd.

—No vuelvas a decir eso. Somos hermanos, ¿no? —Palmeó con cariño a su hermano en el hombro—. Si alguna vez lo hubiera necesitado yo, cuando tú eras alguien, seguro que te hubiera hallado.

—Seguro, Gerd. Un hombre nunca es realmente malo del todo. Ni enteramente bueno…, digan lo que digan de nosotros, ahora que la historia nos sitúa lejos en el tiempo… —y se quedó pensativo, cabizbajo, mientras en la habitación inmediata sonaba el teléfono, insistente.

—Debe de ser Roszy —sonrió Gerd—. Voy a tranquilizarla, y corro a reunirme con ella. Hasta siempre, hermano.

—Hasta siempre, Gerd. Saludos a tu prometida.

El joven salió, atendiendo la llamada. Habló algún tiempo, no demasiado breve, desde el gabinete contiguo. Luego, se encaminó a la salida del piso situado en Kaiserstrassen.

Cerró sus ojos con un suspiro Wolfgang Tagg. Y concilio pronto el sueño, porque el jarabe, además de calmar su tos bronquial, era un eficaz sedante.

Gerd, allá afuera, abrió la puerta del piso. Caía la tarde, y la escalera estaba oscura ya. Probó a encender la luz, presionando el botón del rellano. No funcionó.

Se acercó al ascensor, pulsando su llamador. Empezó a subir el renqueante armatoste, propio de todas aquellas viejas casas. Gerd se volvió para cerrar la puerta del piso, cuya iluminación del pequeño recibidor daba alguna claridad, la única, al rellano de la lóbrega escalera.

Repentinamente, la sombra se despegó del muro, en el rincón de

aquel rellano. No era como las otras que reinaban en la escalera. Ésta era completamente sólida. Y se abatió sobre él súbitamente…

Gerd Tagg trató de gritar, sin lograrlo. Algo ahogó su voz, surgiendo de entre las sombras. Era una forma sólida, oscura, maciza, que cayó sobre su cráneo.

Una formidable esfera de hierro, erizada de pinchos, estalló encima de su occipital, desgajándolo en brutal impacto. La sangre lo inundó todo, sobre el rostro que se deformaba bajo el hundido cráneo.

Tras el sordo mazazo, el cuerpo del agresor se echó atrás, descargando por si acaso un segundo golpe bestial contra el cuerpo vacilante del joven Tagg. Éste saltó contra la pared como un sapo pateado, y dejó en el muro desconchado un largo surco escarlata, violento y horrible.

Su rostro era ya un amasijo inidentificable cuando chocó de bruces, dejando el rellano hecho un mar atrozmente rojo. Luego, el atacante misterioso, alto, inexpresivo, de manos enguantadas y negras gafas sobre los ojos invisibles, penetró en el piso de Wolfgang Tagg, el que fuera hombre de la Gestapo veinte años atrás…

Poco más tarde, una sucesión horripilante de alaridos de terror, dentro del piso, concluyeron con tres o cuatro crujidos escalofriantes, y ropas, mesilla, frasco de jarabe y cucharilla pegajosa y dulzona, se vieron bañados de rojo. Un cuerpo humano, rematado en una cabeza informe, aplastada y terrible, rebotó entre los muebles, para terminar sus trágicos espasmos contra la pared, bajo la ventana por la que corría la lluvia gris y fría de la tarde de abril plomizo.

CAPÍTULO IV

Emil Walter cruzó su mirada sombría con el hombre joven que aparecía en la puerta del piso de Kaiserstrassen, a poca distancia de la casa natal de Goethe. Seguía lloviendo con fuerza en la calle. Era noche cerrada y los coches patrulla de la policía de Frankfurt cerraban las calles en torno, haciendo girar las rojas luces de sus capotas.

—Bueno, Derek, ya estamos aquí, ¿eh? —comentó acremente el inspector.

—En la agencia no se habla de otra cosa esta noche —sonrió con amargura el joven americano, hundidas sus manos en los bolsillos—. Me apresuré a tomar el coche y venir.

—Lo debí imaginar. Usted no ceja fácilmente, ¿eh, Derek?

—No, no fácilmente —convino él, pensativo—. Los americanos somos tozudos, inspector.

—Ya lo veo. Bien, ¿qué quiere saber? Las víctimas son también dos en esta ocasión.

—¿El mismo asesino?

—Yo creo que sí, pero no es seguro. La técnica es parecida, pero el arma es diferente. Hablamos de algo similar, ¿recuerda? Una bola de hierro erizada de púas… Un arma medieval, Derek.

—Y antes, una máscara de hierro con pinchos y garfios… —reflexionó Neil Derek en voz alta. Se frotó sus cabellos castaños, revueltos siempre. Los ojos astutos revelaron inteligencia y tensión—. Un asesino medieval, inspector.

—¿Qué le sugiere eso?

—Ideas antiguas, torturas, odio, crueldad… —Derek se encogió de hombros—. ¿Y a usted?

—Que me ahorquen si lo sé —se irritó el policía—. Estoy exasperado. Después de los Berger, estos dos hombres…

—¿Identificados?

—Sí. El asesino no hizo nada por evitarlo. Bien es cierto que sus cabezas parecen trituradas por una apisonadora, pero… Hay anillos, señales físicas, documentos, ropas… Se trata de dos hermanos esta vez. Wolfgang y Gerd Tagg.

—¿Alguna relación con el coronel Berger?

—No lo sé. Pero dicen que uno de ellos, el viejo Wolfgang, tuvo un cargo en la Alemania nazi. Algo en la Gestapo, creo. Su hermano Gerd, nada de nada. Era apolítico, un niño durante la guerra. Iba a casarse dentro de cuatro o cinco meses.

—Como la vez anterior. Un posible culpable… y un inocente. Raro, ¿eh, inspector?

El policía estudió de hito en hito a su interlocutor. Luego, sacudió la cabeza, perplejo y algo molesto.

—Ya he pensado en ello. Pero la presunta culpabilidad en algo está por probar.

—No será difícil descubrirlo. Un ex militar nazi, un posible funcionario de la policía del Estado… Se cuentan atrocidades de entonces, inspector.

—Claro. Pero no todas fueron ciertas.

—No, no todas. En este caso, tal vez sí lo fueron.

—¿Insiste en su teoría de una víctima de los nazis, en plan de venganza sangrienta?

—Esta vez, casi me reafirmo en ella. ¿Usted no?

—Yo lo único que puedo asegurarle, es lo mismo que diré a todo el mundo oficialmente, cuando sea preguntado sobre este caso: el asesino está completamente loco. Es un demente peligrosísimo.

—Creo que en eso estamos de acuerdo, inspector… —asintió Derek, pensativo.

En ese instante, un policía subió presuroso las escaleras de la casa, deteniéndose ante el inspector en la puerta abierta del piso, junto a las huellas sangrientas y el bulto que formaba el cadáver de Gerd Tagg, bajo una manta.

—Inspector, la luz de la escalera estaba averiada intencionadamente —explicó el agente—. Hemos hallado el corte en el cable. Se hizo en la planta baja.

—Eso facilitó sin duda el ataque del asesino —masculló Walter —. Sorprendió a Gerd cuando salía, y luego fue a por Wolfgang, sujeto a su lecho por una bronquitis aguda. No debió entretenerse

mucho en sus dos crímenes.

—Hay algo más, inspector —prosiguió el agente uniformado—. Una dama quiere hablar con usted. Está abajo, y dice que sabe algo que, tal vez, pueda ayudarle en el caso. Está muy excitada, eso sí. Es…, es la prometida del joven Tagg, la señorita Roszy Braun.

—Entiendo… —el policía arrugó el ceño—. Hágala subir, por favor. Hablaré con ella.

—¿Puedo quedarme, inspector, o será algo estrictamente confidencial? —preguntó Derek, lleno de curiosidad.

Emil Walter iba a contestarle secamente, exigiéndole que se retirase. De súbito, estudió pensativo al joven reportero americano. Algo, en su expresión astuta, le hizo rectificar y pensarlo mejor.

Después, acabó por manifestar ambiguamente:

—Puede quedarse, Derek. Pero con una condición: no se mezcle en el interrogatorio para nada. Sólo será un testigo del mismo.

—Conforme —alzó su mano, casi solemne—. Tiene mi palabra, inspector.

* * *

Roszy Braun se alejó en un coche policial, acompañada por dos agentes, muy corteses con ella. Emil Walter paseó por el piso del doble crimen, frotándose el mentón reflexivamente.

—Bueno, ahora ya sabemos algo más —confesó—. Pero todo sigue tan oscuro como antes, ¿no es cierto, Derek?

El periodista de Nueva York se encogió de hombros, meditando sobre cuanto acababa de escuchar en aquella conversación entre la prometida de Gerd Tagg y el inspector de Frankfurt. Al fin, formuló un comentario:

—Ella dice que esta tarde, cuando telefoneó, su novio parecía normal como siempre. Pero riéndose de los temores de su hermano Wolfgang…

—Sí. Según ella, Gerd mencionó que veía asustado e impresionado a su hermano por vez primera, y que había hablado de algo ocurrido en abril de 1945, algo que trajo mala suerte, al parecer. Pero no sabía de qué se trataba. Su hermano no se lo dijo.

—Abril de 1945… Eran los últimos días de resistencia nazi en

Berlín. El fin de los superhombres. O, como diría un clásico, el ocaso de los dioses… Ese tiempo estuvo plagado de errores por doquier. Será como buscar una aguja en un pajar. Pero se relaciona con Berger. Y con Wolfgang Tagg. Eso podría ser una pista… si existiera el otro detalle: el hecho o la persona relacionada con él.

—Usted quiere ir demasiado lejos, inspector —sonrió Derek, ceñudo—. No creo que resulte todo tan sencillo. Pero es obvio que algo tenemos ya, que confirma mi teoría inicial. La clave de estos crímenes… está en la Segunda Guerra Mundial. En algo que hicieron los nazis… Algo en lo que intervino Berger, Tagg… y quién sabe si alguien más.

—Cuando menos, algo se puede hacer —masculló irritado el policía—. Pediré todos los informes existentes en el Bunderstag sobre el ex coronel Ludwig Berger y sobre el ex miembro de la Gestapo Wolfgang Tagg, en especial en los últimos días de la contienda. Tal vez surja algo de eso.

—Tal vez —convino Derek, pensativo—. Y hágalo de prisa, inspector.

—¿De prisa? ¿Por qué dice eso, amigo?

—No sé, pero… o mucho me equivoco, o ese monstruo puede estar planeando ya su tercer golpe sangriento… —fue el comentario, nada optimista por cierto, del reportero de la agencia norteamericana de noticias *World News*.

* * *

El doctor Overhaussen era un hombre solitario. Siempre lo había sido.

Era también un hombre maduro ya. Y cansado de muchas cosas. Incluso de vivir. El doctor Otto Overhaussen estrujó entre sus manos el periódico de la mañana con expresión preocupada.

—Sería mejor que hubiera sido yo —murmuró para sí—. Primero Berger, luego Tagg… Parece una maldición. Pero vale más morir que esperar… y temer. Eso, incluso en mi caso, no teniendo miedo a la muerte…

Tiró el diario al cesto de los papeles, y se dispuso a encender su pipa calmosamente. Frente a él, ardía un buen fuego de leños, y la

tarde era oscura y lluviosa, como sucedía durante todo el mes de abril de aquel año. Su perro descansaba apaciblemente, enroscado en la alfombra, ante la fogata de los secos y crujientes leños.

Vivía bien, confortablemente, y sin ninguna ambición ya en su vida. Las había tenido en otro tiempo, cuando era médico ayudante en centros de experimentación biológica. Luego, la maldita guerra le hizo hacer cosas que no podía olvidar, y que le hacían repetirse a menudo una frase que era casi como una obsesión para él:

—Algún día pagaremos todos el mal que hicimos entonces. No, todavía no está la deuda definitivamente saldada, estoy seguro de ello. Hubo cosas tan inhumanas, tan vergonzosas… La Humanidad puede olvidar. Incluso perdonar. Pero Dios… Dios no olvida fácilmente.

Sin embargo, esa idea germinaba en su mente hacía demasiados años. Había estado con él en los últimos y trágicos días de la caída del poder nazi. Le había acompañado en el corto tiempo de prisión que sufrió, hasta verse libre de toda acusación por crímenes de guerra, entre otras razones debido a lo poco conocido que era por muchos de los que sufrieron las consecuencias terribles de aquel siniestro período.

Pero él, íntimamente, en su interior, sabía que era culpable. Lo sabía, y su conciencia se lo recordaba día a día, mes a mes, año tras año. Sólo que había perdido la esperanza de saldar esa terrible deuda con el género humano. Y vegetaba más que vivía, en aquella casa amplia, cómoda, sin otro servicio que la buena de la señora Frussberg, haciendo la limpieza cada dos días, y su fiel *Rüde*, que ahora dormitaba tranquilo a sus pies…

La pipa estaba encendida. Succionó con cierto placer. Fumar aquel tabaco y tomar un trago de buena y fuerte cerveza bávara, eran ya sus únicos vicios, lo que le proporcionaba algo de placer. Lo demás contaba poco, incluso su dinero ganado como biólogo en una importante firma química de Frankfurt, en la posguerra, durante el renacer económico del país, el llamado *milagro* alemán.

Se sirvió una tercera botella de cerveza, que descorchó, llenándose una jarra de grueso vidrio bávaro. Bebió con fruición, contemplando las llamas, pensando en Berger, en Tagg…

De repente, *Rüde* alzó la cabeza, achatada y fuerte. Sus ojos brillaron. El perro emitió un ronco y prolongado gruñido, mirando

con orejas tiesas hacia la puerta cerrada del gabinete. Afuera, llovía con fuerza, golpeando los arbustos del jardín y los vidrios de la ventana.

—¿Qué te ocurre ahora? —le reprendió suavemente el doctor, acariciando distraído su cabeza—. Vamos, vamos, no me digas que te haces viejo, y ya le gruñes hasta a la lluvia…

Rüde, como avergonzado de sí mismo, se inclinó, dejando de gruñir y disponiéndose a continuar su adormilada y complacida siesta del oscurecer. Su amo meneó la cabeza, pensativo.

—Sí, viejo amigo. Creo que los años pasan igual para ambos… —musitó—. No tengo por qué regañarte. Uno nunca es el mismo cuando vive demasiado tiempo…

Otra vez gruñó de repente el perro, como si algo le disgustara profundamente en la tarde lluviosa. Alzó la cabeza, y hasta incluso luchó contra su pereza, logrando incorporarse a medias, rígido el rabo.

Sorprendido por su actitud, *herr* doktor se irguió, contemplando pensativo la puerta cerrada de su gabinete. Todo era silencio en la casa. Creía tener muy fino el oído, o al menos así había sido siempre. Claro que estaba la vejez, estaban los años de por medio, y uno nunca podía sentirse realmente seguro de nada en las circunstancias.

El médico biólogo contempló a su perro, intrigado. *Rüde* se había puesto definitivamente en pie, dando olímpicamente de lado a su somnolencia, para caminar tenso hacia la puerta, las orejas muy erguidas.

—¿Qué es lo que sucede, *Rüde*? —musitó su amo entre dientes, ya realmente preocupado—. ¿Es que, realmente, oyes algo más que la lluvia? Quizá sea yo quien esté demasiado viejo y te ofendí antes…

Apoyó la mano en la mesa que tenía ante sí, pero la retiró luego, sin abrir la gaveta, con un encogimiento de hombros. Todo eso era ridículo. Completamente ridículo, pensó. No iba a venir nadie a causarle daño. No. No lo creía factible. Sus ideas repentinas sobre Berger, Tagg y sus muertes feroces y sangrientas, no podían confirmarse. Sería… demasiado fantástico.

El pasado era el pasado. Había cosas que estaban definitivamente muertas. Y seres que también tenían que estarlo. La

Biología no había llegado tan lejos, pese a los afanes demenciales de un hombre llamado Hitler por conseguir…

Dejó de pensar. El perro husmeaba la madera, entre gruñidos amenazadores. Había alzado la colgante carne de su boca para exhibir las fauces, con los dientes, aún fuertes e incisivos.

El doctor Overhaussen alzó la voz, fríamente sereno la mirada fija en aquella puerta.

—Eh… ¿Quién anda ahí? —preguntó, seco, tajante—. Si realmente eres quien pienso…, ¡adelante! No me causa pavor la muerte. Ni siquiera aquello que regresa desde la muerte, si es que alguna vez algún ser humano volvió desde ultratumba… ¡Entra, Franz Rohtman, si realmente eres tú quien viene a arrancarme esta cansada y estúpida vida mía!

Era como una invocación a los espíritus o a lo que pertenecía a algo más allá de la misma muerte. Como una llamada a lo que pertenecía al reino de las tinieblas.

Y la invocación resultó.

La hoja de madera chirrió. El pomo osciló levemente, giró…

Rüde era ya una auténtica fiera jadeante, furiosa, dispuesta a luchar, a enfrentarse a quien fuese, por muy espectral que resultara…

La puerta se abrió levemente. El perro se echó atrás, pero no por el miedo, sino para tomar impulso y saltar. La mano de Overhaussen se deslizó esta vez, rápida, a la gaveta situada bajo su jarra de espumosa cerveza bávara, en la bella jarra tirolesa.

Rüde saltó, pese a la orden brusca de su amo, gritándole:

—¡Quieto, *Rüde*! ¡No lo hagas! ¡Quieto ahí!

El animal no obedeció, por primera vez en su vida. Por última, también.

En su elástico salto, mientras rugía y emitía un feroz ladrido agresivo, le sorprendió la muerte bestial.

Por la hendidura breve de la puerta, cayó el hacha de enorme hoja curva, afiladísima. La auténtica hacha de un verdugo medieval, como podría haber sido la del ejecutor siniestro de la Torre de Londres o de la prisión de Nuremberg, allá unos cinco o seis siglos atrás…

El aullido del animal fue largo, lastimero, aterrador… Su cuerpo, seccionado limpiamente en dos fracciones sangrantes, rodó por el

suelo, agitado espasmódicamente en convulsiones ya puramente nerviosas, puesto que al caer estaba muerto.

La sangre alcanzó hasta la mesa misma de Overhaussen, cuyo rápido gesto le llevó a abrir la gaveta. Sus dedos cansados, vacilantes, se apoyaron en la culata del pesado revólver.

La puerta se abrió del todo.

—Tú me has llamado, doctor Otto Overhaussen —dijo la voz ronca, profunda, susurrante, desde la oscura entrada—. Y aquí me tienes…

Contempló, sobrecogido, la larga, larguísima figura de negro gabán hasta los pies. Más de dos metros de hombre enjuto, interminable, delgado y fibroso. Un rostro extrañamente hermético, como si no fuera más que una máscara bajo el sombrero oscuro, goteante de lluvia. Y las manos…

Una mano rígida, la izquierda, con cuatro dedos estirados e inmóviles, como ortopédicos. Otra mano, la derecha, fuerte y de largos dedos cerrados en torno al mango impresionante de un hacha adquirida sin duda en alguna subasta o tienda de antigüedades. Herrumbrosa, oscura, gigante y poderosa, de hoja curva, de doble filo…, pero éste centelleante, tremendamente afilado, ahora embadurnado en un rojo violento…

Y los ojos. Imposible ver los ojos. Negros, negrísimos cristales amplios, en sus gafas, impedían advertir el brillo de sus pupilas, aunque no lograban que la malignidad existente en ellos brotase afuera, como algo tangible.

—De modo que eres tú… —jadeó Overhaussen. Miró tristemente a su fiel *Rüde*, dividido por el hachazo, y ya en sus últimos estremecimientos convulsos—. No debiste matarlo. Era mi único amigo. El único que siempre me fue fiel…

—Ya no necesitarás amigos, *herr doktor* —silabeó la ronca voz fríamente.

—Supongo que no. Soy el tercero en la lista de nombres. Berger, Tagg… y Overhaussen.

—¿Sabías que era yo? —siseó el visitante espectral.

—No podías ser otro. Me resistía a pensarlo, Rohtman, pero…

—Pero aquí me tienes. Soy yo, sí. A veces conviene volver de ultratumba. Y vengar muchas cosas. ¿Sabes que eres el primero en saber lo que va a suceder, en hablar conmigo antes de que todo esté

hecho?

—Aún no está hecho —silabeó Overhaussen con energía—. ¡Esto es por *Rüde*!

Y logró extraer la mano armada. Disparó su revólver contra el monstruo erguido en la entrada, ante él.

Un grito ronco, un jadeo extraño y ahogado escapó de los tensos labios inmóviles. El hombre del hacha tambaleóse…, pero no sin antes, en un esfuerzo supremo, lanzar con ambas manos el arma poderosa, pesada, enorme.

El arma se estrelló contra el rostro de Overhaussen…, pero por su tremendo filo, capaz de hender un cabello en el aire.

El espectáculo terrorífico de un rostro hendido en dos, de un cráneo casi abierto por su mitad, verticalmente, con la hoja del hacha hincada hasta la mitad, vibrando en el tajo atroz, no conmovió al agresor, que se apoyaba en el muro, jadeante, mientras el alarido roto, horripilante, de Otto Overhaussen, se mezclaba con los ecos finales del potente estampido del arma de fuego.

—Maldi…to… —jadeó el hombre del negro gabán, aferrándose con su mano derecha el hombro izquierdo, la sangre manó de un boquete en la tela, y corrió por entre los dedos enguantados.

Contempló el cuerpo de Overhaussen, que caía contra su pesado asiento, quedándose allí retrepado, en espantosa inmovilidad, con un ojo dilatado, clavado en su asesino, desde cada lado de la negra y afilada hoja de acero hincada en su faz. El rojo virulento corría por mentón y cuello, formando un reguero goteante, denso y rumoroso.

Retrocedió el asesino. Afuera, los ecos del estampido habían sido oídos en otros edificios de la zona residencial de las cercanías de Grüneburg Park, frente a Hansallee…

Se abrieron puertas y ventanas pese a la lluvia, hubo voces, gente que miraba hacia la puerta abierta, iluminada, de la casa rústica del doctor Overhaussen, su vecino.

—¡Eh, mirad! —gritó alguien—. ¡Aquel hombre alto, aquél tan alto, que escapa entre la lluvia! ¡Parece que ha salido corriendo de la casa del doctor!

—¡Ha sonado un disparo! —voceó otro.

—¡Avisad a la policía! —sugirió un tercero.

—¡El agente Strauss tiene hoy servicio! —añadió otro vecino,

desde la ventana—. ¡Esperad a ver si escucha mi silbato!

Y lo oyó.

No podía ser por menos. El silbato de aquel vecino era una auténtica sirena estridente. El agente Strauss, que hacía su ronda rutinaria, bajo la lluvia, se paró en seco, y luego corrió hacia el lugar de donde llegaba aquel sonido de alarma. Su impermeable negro chorreaba bajo la lluvia, brillante como si fuese de charol.

—¿Qué mil diablos sucede? —masculló, encarándose con las primeras residencias privadas encendidas y agitadas.

—¡Por allá, agente Strauss! —Señaló una dama hacia el lado norte de la amplia calle—. ¡Un hombre huye! ¡Sonó un disparo en casa del doctor, y alguien escapó hacia allá! ¡No se oye a nadie en la casa, ni siquiera a su perro *Rüde*!

Strauss miró al fondo de la calle. Llovía con fuerza, y en principio no descubrió nada. Pero luego, fugazmente, una farola de alumbrado callejero le reveló una larga sombra que se hundía entre dos bloques de viviendas, a cosa de dos manzanas de su emplazamiento.

Miró, indeciso, hacia la puerta iluminada, abierta, de la casa de Overhaussen. Tomó su propia decisión:

—¡Ustedes vean lo que le ocurre al doctor, y avisen a la policía! —gritó—. ¡Yo seguiré a ese hombre, a ver si lo alcanzo!

Y echó a correr como un desesperado, haciendo sonar su silbato, menos potente, sin duda alguna, que el del esforzado vecino del doctor Overhaussen.

Ya no se distinguía la presencia de la sombra humana, pero cuando alcanzó, jadeante, la esquina de los bloques, llegó a vislumbrar un vehículo oscuro que se alejaba rápido en la noche, hacia Adickesallee, al norte de Frankfurt. Precisamente camino del cementerio de Hauptfriedhof…

El agente Strauss miró en torno. Una bicicleta, de algún joven vecino, aparecía en uno de los aparcamientos para motocicletas y vehículos similares. Subió a ella de un salto, ante la ausencia de automóviles a los que pedir ayuda. Era aquella una zona poco frecuentada, con numerosos edificios aún en construcción, y otros sin habitar todavía.

Sobre la bicicleta, el esforzado policía siguió un rastro hasta el punto donde el automóvil oscuro, posiblemente un Mercedes Benz,

modelo de 1962, partiera rápido en dirección nordeste.

En una de sus manos brillaba el chorro de luz de una lámpara eléctrica, descubriendo, sobre el negro asfalto charolado de lluvia, gotas diluidas de un rojo denso.

Sangre… El fugitivo iba herido, o llevaba consigo algo sangrante. Strauss se inclinó por la primera posibilidad, ante la continuidad e intensidad de los goterones, diluidos luego a medias por la lluvia, que ahora era menos densa.

El terreno blando de unas obras cercanas le mostró la huella de unos neumáticos. Los observó, lanzándose luego en pos de las señales enfangadas de aquellas ruedas, en un esfuerzo realmente meritorio y obstinado por alcanzar una presa que, dada la desigualdad entre un Mercedes Benz y una bicicleta, parecía ya definitivamente perdida.

Así sucedió.

A la altura de Nibelungenallee, perdió el rastro definitivamente. La lluvia lo había borrado todo, en el negro asfalto mojado de la pista.

Justo frente a Hauptfriedhof[4]. El cementerio de Frankfurt…

Tras un insistente afán por recuperar la pista, fatigado y empapado de lluvia, agente de policía y bicicleta retornaron a Grüneburg Park.

Detrás quedaba una finca en cuya puerta se leía: «Propiedad privada del barón Henker». El agente Strauss no la relacionó en momento alguno con el criminal desaparecido.

* * *

—Querido… ¿Qué te sucede?

—Kristine, ayúdame…

—¡Estás herido!

—Sí, una bala en el hombro izquierdo. Aún está dentro. Ese maldito biólogo… Me esperaba. Esta vez me esperaban…

—Todo se hace más difícil, Franz…

—Calla y ayúdame, mujer. Viktor está encerrando el coche. Vendrá con medicamentos. Él sacará la bala. Me siguieron.

—¿Y han visto…?

—No, imposible —rechazó él—. Vi una simple bicicleta detrás del coche… Luego, la lluvia y el asfalto debieron engañarle.

—Ven. Tiéndete ahí…

—No, no —rechazó él—. Mejor en…, en mis estancias, Kristine.

—¿Por qué precisamente allí?

—Porque así es mi deseo.

—Está bien, vamos allá. No puedes morir ahora, Franz…

—No moriré —jadeó él—. Lo que está muerto ya una vez…, no puede morir. Ésa es mi gran ventaja sobre todos ellos, malditos sean…

Ella le ayudó a descender unos escalones de piedra, al fondo de la mansión. Salieron a un jardín interior, sobre el que la lluvia tamborileaba su monótona letanía sobre la hojarasca, en la oscura noche.

Más allá, los altos y largos cipreses del vecino cementerio, recortaban sus negras siluetas sobre el cielo plomizo de la noche, cuyas bajas nubes reflejaban luces distantes, del centro urbano, en una especie de halo pálido y fantasmal.

En medio del jardín un pequeño mausoleo, rematado en una figura de un ángel y una cruz, ofrecía una lápida de mármol negro, con doradas letras:

MAUSOLEO PERSONAL DEL BARÓN HENKER

El ángel de la escultura no mostraba un aspecto apacible o suplicante. Era un arcángel, con la espada en las manos, apoyada sobre la base de mármol blanco…

Hacia el mausoleo se movieron el herido y su esposa, Kristine. Y en la puerta de bronce de la cripta se perdieron, sin dejar huella de su paso por el sombrío jardín…

CAPÍTULO V

—Ya tenemos el tercero, Derek…

El joven reportero recorrió la estancia, procurando no tocar absolutamente nada, ni rozar siquiera el cuerpo partido en dos del perro, o la figura encogida y patética del doctor Overhaussen, con el hacha incrustada en su rostro crispado.

—Esta vez un hombre… y su único compañero: un perro —comentó entre dientes el americano—. Siempre igual: la víctima elegida, y otra inocente por medio. Es no sólo la destrucción de alguien que hizo alguna vez un mal, sino también de quienes con él tienen algo en común. Es una venganza injusta y cruel. Demasiado injusta, diría yo.

—Toda venganza lo es, Derek. La justicia está para algo, ¿no cree?

—No todos los crímenes humanos son castigados por la justicia, pero en algo estoy de acuerdo: la venganza no es el camino, inspector. Sólo que nuestro misterioso personaje no piensa como nosotros, evidentemente.

—Ya tenemos datos que parecen quitarle algo de misterio. Es alto, muy alto. Tiene un coche Mercedes Benz negro y va herido de un balazo. El proyectil disparado por ese arma que empuña el cadáver no está en esta habitación. Por tanto, la llevó consigo el asesino. Tal vez tenga que recurrir a un médico y…

—O tal vez no. Sería demasiado ingenuo por su parte. Y el tipo no parece nada ingenuo, inspector.

—Sabemos algo más: escapó por la pista del cementerio. Puede ser un rastro.

—Sí. Un rastro hacia los muertos —comentó entre dientes, sarcástico, el joven Derek. Alzó luego la cabeza y contempló con expresión agresiva al policía de Frankfurt, con el que ya se iba familiarizando, de tanto coincidir en lugares donde la muerte feroz,

sangrienta, hacía su aparición. Preguntó con voz sorda—: ¿Supo algo en particular de Berger y de Tagg?

—Nada especial. Es algo que se está investigando. Apenas si quedan archivos sanos después de la guerra. En especial, de ese dantesco período final del nazismo… —el recio Emil Walter sacudió su maciza cabeza teutónica—. Amigo mío, sabemos que Berger trabajaba para algo especial, relacionado con unas órdenes directas del propio Führer a sus más leales colaboradores. Sabemos también que Tagg era hombre importante dentro de la Gestapo, y relacionado con las SS muy íntimamente. Conocía a Berger y se les había visto juntos a veces, aunque el militar no simpatizaba, como era habitual, con la policía del Estado. Ni con las propias SS, por supuesto.

—Por supuesto. Ahora, tenemos la tercera pieza del *puzzle*: el doctor Overhaussen. ¿Trabajó para el Führer?

—Es posible. Lo vamos a averiguar en seguida. Por su edad, tuvo que ser un médico al servicio del Tercer Reich, lógicamente. Lo que interesa es su especialidad.

—¿Que era…?

—Biología.

Hubo un silencio. Neil frunció el ceño, paseando de nuevo, reflexivo. Se frotó el mentón, mirando los ojos desorbitados y vidriosos del muerto. Era un espectáculo tremendo y desagradable, pero empezaba a estar curado de espantos, especialmente desde que inició sus tareas informativas en Frankfurt.

—Biología… —repitió al fin—. ¿Experimentación, inspector?

Emil Walter le contempló, asintiendo despacio.

—Estaba pensando justamente eso —admitió—. Sigue siendo usted un tipo de mente muy ágil, Derek.

—¿Por eso me permite quizá estar aquí con usted, como testigo privilegiado de cada asesinato nuevo que se descubre?

—Quizá —se encogió evasivamente de hombros el rudo policía germano. Sus claros ojos revelaron incertidumbre—. Si logramos relacionar el triángulo Overhaussen-Berger-Tagg, quizá tengamos algo concreto.

—¿Ha pensado que, en vez de un triángulo, puede ser un polígono? —dijo irónico el periodista de Nueva York.

—Claro —rezongó Walter—. Lo he pensado todo o casi todo. He

pedido referencias sobre personas de dos metros aproximados de estatura, como parecía tener el asesino, según coinciden en afirmar el agente Strauss y unos cuantos vecinos, testigos de la fuga del criminal. Incluso entre la más pura raza aria, resulta una estatura poco corriente, aquí en Alemania. Además, siendo tan delgado como dicen que parecía, pese a llevar gabán, todavía resulta menos vulgar. Eso, el Mercedes Benz, la ruta seguida… si se relacionase de algún modo con las víctimas, podría darnos una pista, aunque débil. Algo que nos conduzca a ese monstruo antes de que piense en atacar a una cuarta víctima que, sin duda, debe existir. Sólo que…

—Sólo que… ¿quién podrá ser, entre todo Frankfurt, esa cuarta víctima? ¿No es cierto, inspector? —preguntó, ensombrecido su gesto, el joven reportero de la *World News*.

—Sí, exacto. ¿Quién será esa hipotética cuarta víctima?

* * *

—Yo, Ilse. Yo seré la cuarta víctima.

—¡Karl! ¿Qué dices?

—Ahora lo sé. Estoy seguro.

Ilse miró asombrada a su esposo. Se hallaban los dos solos, en el gabinete. Habían procurado mirar cuidadosamente antes, cuando él le pidió hablar urgentemente con ella sobre una grave cuestión.

Y ahora, tras comprobar que estaban solos en la casa, y Erika no se hallaba cerca, él había revelado lo increíble:

—Temo que ha llegado el momento de que yo sea asesinado. Ilse —había confesado.

Ella había recibido un impacto muy fuerte. Pálida, convencida de que hablaba en serio, aún le miraba, esperando que él aclarase de algún modo su horrible temor.

—Karl, ¿por qué supones tal cosa? No puedes estar hablando en serio…

Pero ella sabía que sí. Sabía que hablaba en serio. Bastaba recordar su reacción ante la rueda de Prensa en televisión, su modo de escuchar las noticias de nuevos asesinatos, o el estrujón dado a los diarios cuando publicaban la muerte de los hermanos Tagg…

—Muy en serio, Ilse. No debes tomarme por loco. Sabes cuál es

mi vida, mi pasado. Sabes que hay cosas inconfesables en mi trabajo, durante una época de mi existencia. Algo que siempre quise olvidar, que traté de enterrar definitivamente. Pero el mal que hacemos nunca se entierra del todo. Sale de la tumba… como ciertas personas.

—¿Ciertas personas? Nadie sale de la tumba, Karl. ¿Qué quieres dar a entender con eso?

—Hubo…, hubo alguien que sí volvió de ultratumba. Ilse. Es horrible, pero así fue. Y por desgracia, eso fue obra mía. Llegué tan alto, quise ser tan soberbio, que desafié a las leyes de la vida y de la muerte… Y ahora, todo eso se vuelve contra mí.

—Dios mío, Karl, ¿a qué te refieres? Sé que hiciste cosas que te torturan aún por las noches, mientras duermes… ¿Qué son? ¿Qué hiciste realmente, para tener ese miedo?

—Si te lo dijese, te horrorizarías. Y lo malo es que tengo que decírtelo, querida. Tú mereces saberlo todo, siquiera sea por el bien que has aportado a mi vida, por la paz que has sabido darme. No sería justo, Ilse.

—¿Qué es lo que no sería justo? ¿Correr ese peligro tú, Karl?

—No, no. Yo no importo ahora. Hice algo malo y debo purgarlo. Mi pecado no tiene perdón posible. Pero tú… y Erika… No. No merecéis esto. Cuando enviudé en la guerra, y perdí a mi esposa en aquel bombardeo, no pensé hallar ya paz ni un nuevo hogar en mi vida. Luego, te conocí a ti, viuda como yo, con tu pequeña Erika… Nuestra unión fue un acierto. Hemos sido felices estos años, Ilse, aun a sabiendas tú de que algo tremendo te ocultaba. Tu tacto al no preguntarme, al no desear saber jamás nada de mi vida anterior, de mi trabajo con el Tercer Reich, al no interesarte por mis pesadillas y mis alucinaciones… es admirable, Ilse querida. No puedo consentir que tú y Erika corráis peligro alguno.

—¿Por qué habríamos de correrlo nosotras? Olvídate de eso…

—No, no puedo. Ya has visto los demás: Berger y su hijo, Tagg y su hermano… Incluso Overhaussen, el que fue mi ayudante… Solitario siempre. Pero mataron a su único amigo: el perro… ¿Te das cuenta. Ilse? Ese monstruo no sólo elimina ferozmente a cada uno de nosotros, sino que también extermina a sus familiares… ¡Eso es lo que no consentiré que suceda en mi caso!

—Y… ¿qué piensas hacer, querido?

—Alejaros de mí. A las dos.

—No, eso no. Nos necesitas… Erika te quiere como a un padre, yo te necesito…

—Cuando menos, dejadme solo un tiempo, en tanto ese monstruo sigue en libertad… Aunque dudo que jamás le den caza y lo exterminen. Nadie puede matar lo que ya está muerto.

—Pero…, pero ¿qué das a entender con eso, Karl? ¿Qué hicisteis tú y esos hombres asesinados?

—Algo espantoso, inconcebible y cruel… Es mejor que no lo sepas, Ilse.

—Está bien. No te pido que me cuentes nada que no quieras tú revelar. Pero cuando menos deberías recurrir a alguien… A la policía, por ejemplo…

—¡La policía! Me tomarían por loco. No, no aceptarían mi historia. Si acaso, sólo una persona entre cuantas he visto o leído estos días…

—¿Quién? —Se intrigó su esposa.

—Ese joven periodista americano… El que escribe en el *Zeitung* los reportajes, el que habla en televisión a veces… Neil Derek dicen que se llama… Ese quizá me creería. No sé, tiene algo especial en su modo de mirar, de hablar. Como si pudiese creerlo todo, cuando tiene una lógica que contrarresta su aparente imposibilidad…

—No es un periodista lo que necesitas, Karl. Es…, es un policía. El inspector Emil Walter, por ejemplo. Ese hombre lleva el caso, pide colaboración desde televisión, y…

—No, la policía no. No creo en ellos. Hazme caso, Ilse. Debéis iros las dos un tiempo. Si nada sucede, tanto mejor. Pero me temo que Franz Rohtman vendrá pronto a por mí…

—¿Quién dijiste?

—Franz Rohtman, el hombre de ultratumba… —se mordió de repente el labio inferior, como si hubiera hablado en exceso, mirando el rostro súbitamente pálido y atemorizado de su esposa—. Oh, por Dios, olvida todo eso, Ilse. No me hagas caso. Desvarío… Pero marchaos, os lo ruego. Iros las dos de mi lado.

—Karl, no nos moveremos de tu lado. Si acaso, apartaré a Erika. Eso será todo. Pero yo estaré junto a ti en todo, lo bueno o lo malo… Hazme caso, Karl. ¿Por qué no ir a la policía y relatarles esto?

—¡No! —cortó abrupto el doctor Karl Heinrich, antiguo biólogo al servicio del Tercer Reich y su centro de experimentación—. Te prohíbo que lo hagas ni utilices cuanto dije ahora para ir a la policía. Lo negaría todo, querida. No quiero policías. Quiero pagar mis culpas, eso es todo. Pero yo solo. Completamente solo.

Y salió airadamente por la puerta del fondo, cerrando bruscamente tras de sí.

Erika Heinrich, hijastra del doctor, continuó demudada al otro lado de la puerta opuesta a la utilizada por su padrastro para abandonar la habitación. Su oído a través de la hoja de madera, había captado toda la parte final de la charla.

En su mano se estrujaba un ejemplar del diario, con un titular llamativo en primera página:

> ¿Sabe usted algo sobre el asesino sangriento?
> Si es así, acuda a la policía y salvará unas vidas en peligro, ciudadano amigo.

* * *

Erika se detuvo, indecisa. Contempló al hombre a través de la vidriera de la oficina. Vaciló, en el corredor bien iluminado de la moderna jefatura de policía de Frankfurt. Sus ojos revelaron incertidumbre, dudas tremendas…

—¿Será justo? —musitó para sí, dando vueltas nerviosamente a su bolso de mano entre los dedos—. ¿Debo utilizar lo que él dijo para hacer lo que papá no quiere que se haga? Si le prohibió a mamá hacerlo…, ¿por qué yo…?

El rubio, fornido Emil Walter, inspector de policía de Homicidios, a quien Erika conocía bien, a través de las entrevistas televisadas, trabajaba activamente ante su mesa de trabajo, manejando papeles, recibiendo informes, hablando por teléfono…

En el corredor de la jefatura, Erika Heinrich se mordió el labio, en un auténtico dilema.

Había sido tan fácil entrar en el edificio, subir las escaleras, caminar con firme taconeo hacia el despacho del inspector de

policía encargado del caso, en la División de Homicidios de la policía de Frankfurt…

Y ahora, de repente, todo era distinto. Al verse cara a cara ante aquel hombre macizo, obstinado y firme, sentía vacilar todas sus convicciones. Recordaba las palabras de su padrastro, como un martilleo incesante en su cerebro:

«Te prohíbo que utilices cuanto he dicho para ir a la policía. Lo negaría todo. No quiero policías. Quiero pagar mi culpa, eso es todo. Pero solo. Completamente solo…».

Sus culpas… Él solo…

Prefería enfrentarse a un espantoso asesino que aterrorizaba a todo Frankfurt, a declarar ante la policía, limpiar su conciencia, sincerarse y verse así protegido de todo riesgo posterior…

Su madre era débil. No se decidiría. Ella era diferente. Recordaba aún al joven cantante y músico de rock, el infortunado Artur Scott, el hijo del ex coronel Berger…

De repente, se encontró con los ojos azules de él clavados en su rostro.

Emil Walter, el policía, la estaba contemplando fijamente a través de la vidriera de su despacho.

Erika sintió un profundo nerviosismo. Retrocedió, como asustada. Aquella mirada taladrante la amedrentó. Y dio media vuelta, echando a correr hacia las escaleras nuevamente, decidida a seguir callando, a ser fiel a los deseos de su padre.

Emil Walter, que en realidad la miraba pensativamente, atraído por la presencia de tan bella joven en el corredor, enarcó las cejas, sorprendido. Se empezó a incorporar, para ir en pos de la muchacha, pero algo distrajo su atención en aquel momento.

El teléfono sonó, y se vio obligado a descolgarlo. Las noticias eran importantes. Y olvidó totalmente a la joven de cabellos color oro viejo, y ojos entre pardos y grises.

Afuera, Erika Heinrich seguía caminando de prisa hacia la escalera. Tan presurosa, que fue a darse de bruces con el hombre que subía precipitadamente, salvando los escalones de tres en tres, a largas zancadas.

Chocaron ambos de frente. El bolso de Erika escapó de sus manos y golpeó el suelo, abriéndose y desparramando su contenido, desde el lápiz labial hasta el espejito, el monedero y unas llaves.

—Oh, cuánto lo siento… —se disculpó el hombre con quien tropezara—. Le ruego me perdone, señorita…

—No, no. Creo que fue culpa mía —se lamentó ella apagadamente—. No tiene que disculparse, señor…

Se inclinó, y también él, a recoger sus cosas amablemente. Sus rostros se encontraron a corta distancia. Erika se llevó un nuevo y profundo sobresalto.

Neil Derek. El periodista americano.

Era él. Tal como le viera en televisión y en una fotografía del *Bild*. Alto, despreocupado, deportivo, pelo castaño, ojos penetrantes, sonrisa fácil, amable a veces, dura en ocasiones. Alto, elástico, casi felino.

Se quedó demudada, viendo cómo él recogía sus cosas, reintegrándolas al bolso. Se apresuró finalmente Erika a ayudarle, recogiendo los demás objetos, y precipitándose en cerrar el bolso, apenas terminaron ambos la tarea.

—Muchas gracias… —murmuró, nerviosa—. Gracias de verdad, señor…

—Derek. Neil Derek. Ha sido un placer conocerla, créame, aunque nuestro encuentro no haya sido precisamente versallesco —sonrió el joven, incorporándose al mismo tiempo que ella—. Si puedo serle útil en algo…

—No, gracias. En nada —se apresuró a negar ella vivamente—. Ya…, ya me marchaba…

—Tengo buenas amistades aquí. Si precisa algo…

—No. Era sólo una visita de trámite, por algo que perdí. Gracias de todos modos… —y Erika se lanzó escaleras abajo, sin volver ni una sola vez la vista hacia arriba.

Derek se asomó, siguiendo su carrera atentamente. Moduló un gesto de admiración con sus labios, al observar lo atractivo de las piernas de aquella muchacha, su firme busto y su figura esbelta y bien formada. Era bonita y llena de atractivos. Joven, también. Y parecía asustada.

El joven sonrió para sí. La gente siempre se asusta algo cuando visita un departamento policial. Puede ser una especie de alergia colectiva, pensó para sí.

Ella había desaparecido ya en la planta baja del edificio cuando, con un encogimiento de hombros, él echó a andar hacia la oficina

de su buen amigo, el inspector Walter.

Entonces vio el bello bolígrafo dorado.

Estaba caído junto a un escalón, donde no era muy visible. Se inclinó a recogerlo. Miró su inscripción, grabada en letra gótica, muy vistosa:

ERIKA HEINRICH

Era un objeto de regalo, sin duda, grabado con el nombre completo de su dueña. Miró hacia las escaleras de nuevo, y se precipitó hacia abajo, devorando los escalones. Aquel bolígrafo de lujo sólo podía ser de ella. En su precipitación, la joven de ojos pardos lo había olvidado por completo.

Llegó a la calle. Demasiado tarde. Un taxi volvía la esquina, allá al fondo. Vislumbró borrosamente el cabello color oro viejo por la ventanilla posterior. Miró con un suspiro hacia su propio coche, el Mercedes Benz blanco, deportivo.

Demasiado complejo su puesto en el aparcamiento. Sacarlo de allí y partir en pos del taxi le llevaría varios minutos. Nunca daría ya con la joven Erika, si es que era ella.

Sacudió la cabeza. Al menos, tenía el nombre y apellido de la joven. Quizá pudiera localizarla en Frankfurt, para devolverle el bolígrafo. Sería un buen pretexto para verla de nuevo. Se dio cuenta de que la idea le gustaba. Y también la chica, por supuesto.

Guardó el bolígrafo. Subió rápidamente hacia la oficina de Walter. Lo encontró algo excitado, escribiendo a máquina presurosamente.

—¿Novedades, inspector? —preguntó, asomando por la puerta con una mueca.

—Bastantes, Derek —asintió el policía, mirándole con simpatía —. Entre. Le voy a contar algo en exclusiva. Pero quiero su palabra de que no va a decir nada a su agencia, cuando menos por el momento. ¿Puedo confiar en usted?

—Seré una tumba —se tocó humorísticamente los labios—. Adelante, inspector.

—Hum… De tumbas iba a hablarle, precisamente —refunfuñó el policía.

—¿Tumbas?

—Bueno, de cosa parecida. Muertos y todo eso.

—¿Qué clase de muertos?

—No las víctimas del asesino, sino los muertos que ellos manipularon una vez.

—No le entiendo…

—Hemos sabido dónde trabajaron Overhaussen, Berger y Tagg. Tenían un nexo en común.

—Vaya… —silbó entre dientes Derek, inclinándose con apasionado interés—. Siga, se lo ruego.

—Experimentaban con seres humanos. Overhaussen era sólo biólogo ayudante. Berger, encargado de informar al Führer personalmente sobre la marcha de los experimentos. Tagg… un verdugo de la Gestapo. Torturador de oficio. Y ya sabe cómo torturaban esa gente…

—Tengo una ligera idea por lecturas y fotografías que he visto —se estremeció Neil—. ¿Cuál era ese experimento?

—Resurrección.

—¿Qué?

—Como lo oye. La última locura del Führer. Quería resucitar muertos. Gente torturada, resistente a los tormentos más crueles. Estaba seguro de que un hombre resistente a la muerte, tendría más facilidades para resucitar, mediante ciertos tratamientos biológicos, en el Centro de Experimentación. Algo monstruoso. Pero él estaba convencido.

—Quizá pensaba suicidarse, y volver luego a la vida, impunemente —señaló Derek.

—Eso es, justamente, lo que se supone. Estamos tratando de localizar al que era jefe médico de Overhaussen por entonces. El verdadero responsable, no sólo del Centro de Experimentación nazi, sino también del experimento en sí. Un biólogo que aseguraba poder resucitar a los muertos… y buscar incluso la inmortalidad, una vez obtenido eso.

—Demencial, ¿no?

—Por supuesto. Pero nadie sabe qué horribles cosas llegaron a conocerse y practicarse en aquellas oscuras fechas de la historia de mi país, Derek —sacudió con pesimismo la cabeza el inspector Walter—. Si supiéramos dónde reside ahora el doctor Heinrich…

—¿Eh? ¿Ha dicho… Heinrich? —Se sobresaltó Derek.

—Eso dije, sí —le miró, ceñudo—. ¿Por qué lo dice así?

—Es curioso… —extrajo el bolígrafo del bolsillo—. He tropezado con una joven muy bonita en la escalera… Derribé su bolso. Recogió todo, pero parecía tan impresionada y temerosa de este lugar, que olvidó recogerlo todo y dejó esto en el suelo. Intenté alcanzarla sin éxito. Vea su nombre…

—¡Erika Heinrich! —recitó sorprendido Walter. Miró a Derek con perplejidad, y se irguió a medida—. Eh, espere… ¿Una chica con pelo rubio oscuro, ojos pardos o grises…?

—Pardos, creo —sonrió Neil—. ¿La vio también?

—¡Derek, esa chica pretendía verme a mí, sin duda! —aulló el policía—. ¡Estuvo ahí un tiempo, ante mi despacho, mirándome fijamente! Luego, pareció pensarlo mejor y se largó…

—Si ella quería verle, es que leyó la petición de ayuda a los ciudadanos… y sabe que un miembro de su familia es… es el médico biólogo que atendía los experimentos de Hitler sobre la resurrección de cadáveres…

—Cielos, si hubiera podido conocer su domicilio como conozco su nombre… —masculló Walter, frotándose el mentón. Luego, se inclinó sobre un teléfono, que descolgó con brusquedad. Habló sin pérdida de tiempo—: Búsquenme en la ciudad a una muchacha llamada Erika Heinrich. Es posible que sea familia del doctor Karl Heinrich, de domicilio ignorado. No sé si vive bajo otro nombre, o la casa está a nombre de su esposa, utilizando el nombre de soltera. La chica puede ser su hija o sobrina. Trabajará en alguna parte. Quiero un informe del Departamento de Trabajo del Ministerio correspondiente. Es muy urgente, y puede ayudar para salvar una… o más vidas humanas. Espero respuesta.

Colgó, mirando a Derek, que chascó la lengua, afirmativamente. Luego, el joven periodista sonrió, recordando algo:

—Avise a sus patrulleros, Walter —dijo—. Que busquen un taxi cuya matrícula es Frankfurt del Main, 11-16. Es de una compañía que utiliza automóviles azul oscuros.

—¿Qué? —masculló, mirando con sorpresa al periodista—. ¿Eso qué significa?

—Otro modo de buscar a la chica. Vi que ése era el taxi que conducía a la muchacha a alguna parte, cuando intenté devolverle el bolígrafo…

—Derek, usted es el diablo —rezongó admirativamente el inspector—. Se fija siempre en todo, como un perfecto sabueso. La policía de su país perdió un buen elemento, cuando optó por hacerse reportero.

—Pero lo ganó el periodismo, inspector —sonrió a su vez Neil, dirigiéndose a la salida de la oficina policial—. Nos veremos más tarde, inspector. No olvide decirme si localizaron a los Heinrich. Especialmente, al doctor para salvarle la vida… y a la chica para que no corra peligro alguno…

—Eh, ¿adónde va usted ahora?

—A darme un paseo por las proximidades de un triste lugar de esta ciudad —comentó Neil, pensativo.

—¿Un triste lugar?

—Sí. Usted habló ahora de muertos que resucitan. Y el coche del asesino se le perdió al agente Strauss en las proximidades del cementerio local… Extraña coincidencia, ¿no le parece? Creo que recorreré un poco aquel lugar, a pesar de ser ya de noche…

—¿No teme a los aparecidos? —se mofó el inspector.

—Hasta hoy, no —confesó Derek, burlón—. Pero es posible que ese experimento haya cambiado un poco las cosas…

Salió de la oficina, seguido por la mirada pensativa, y admirativa del policía. Sacudió la cabeza, una vez solo.

—Ese muchacho… —Walter chascó los labios, reflexivo—. Tiene una agudeza fuera de lo común. Sólo así se explica que yo conceda privilegios a un condenado periodista… Es capaz de resolverme él solo todo este tenebroso asunto…

* * *

Neil Derek dio su segundo paseo a lo largo de Nibelungenallee.

El Mercedes blanco, al menos por una vez en su vida, se deslizaba suavemente, muy despacio por la pista, pegado a los setos de la derecha, ante el asombro de otros automovilistas que, con vulgares Wolksvagen le dejaban atrás, sin que se alterase la imperturbabilidad del joven reportero.

Sus ojos escudriñaban la larga hilera de cipreses, los jardines cercanos, las residencias inmediatas, casi todas suntuosas y bien

cuidadas, pese a la vecindad inquietante del recinto funerario.

Más allá, la Landstrasse conducía a otra zona residencial, al norte del centro urbano. Enfiló en esa dirección, para regresar luego hacia abajo, por el lado opuesto.

Había muchos lugares donde pudiera haber entrado el oscuro Mercedes Benz del asesino. Cualquiera de aquellos edificios señoriales. O el propio recinto del cementerio.

La idea de la Muerte estaba muy arraigada en aquel asunto, pensó. Quizá se estaba dejando llevar por impresiones erróneas, impresionado por las noticias de Walter. No creía factible que los biólogos hubieran logrado resucitar cadáveres, pero tampoco lo tachaba de imposible. Y menos ahora, cuando se rumoreaba que la crionización, o conservación en frío seco de los cadáveres de personas fallecidas de males incurables, hasta hallar remedio a ese mal para devolverle la vida y la salud al cadáver criónico, era ya casi un hecho científicamente en marcha, aunque con las naturales reservas.

El cementerio le obsesionaba, sin saber la razón. Y él no había sido jamás impresionable en ese sentido. Había algo, un simbolismo en él. Una relación con lo sucedido, con el misterioso hombre del gabán negro, desaparecido la noche aquella, en la lluvia de la ciudad, no lejos de aquellas verjas, de aquellos cipreses, de aquellos mausoleos y panteones…

La oscuridad de la noche nubosa, la fría luz azul de la pista, no hacían sino aumentar el aire lúgubre del lugar. Algo siniestro y opresivo flotaba allí. Derek hubiera querido saber lo que era.

Pasó ante una mansión, otra más… Detuvo casi del todo su coche blanco ante una de las viviendas. Leyó en hierro forjado, sobre la puerta:

Propiedad privada del barón Henker

—Henker… —meditó—. Curioso[5].

Pero siguió adelante. Un nombre no significaba nada por sí solo. La mansión quedó atrás.

Y sólo por unos dos o tres minutos escasos, el Mercedes blanco y deportivo de Neil Derek, no se cruzó con el negro Mercedes Benz que salía del garaje anexo a la residencia propiedad del barón

Henker.

Quizá entonces, las cosas hubieran sucedido de otro modo en la sangrienta y terrible noche de Frankfurt…

Segunda parte

LA CRIPTA PÚRPURA

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre alto, interminable, enlutado y sombrío, se detuvo en la zona oscura.

Las luces de la noche arrancaron un fugaz destello al negro intenso, espejeante casi, de sus gafas. Las manos enguantadas esgrimían algo, con pesadez.

Un paso, otro… Y otro más.

Ya estaba donde había querido llegar. Todo a punto para el nuevo golpe mortal. Todo dispuesto ya para lo irremediable.

Los labios no se alteraban. El rostro, tampoco. Era como si hubieran modelado aquella faz en puro granito, frío y pálido.

El terrible ejecutor se movió ligeramente, sin ruido apenas. Sus larguísimos brazos, como los de un esqueleto vestido, alcanzaron la puerta cerrada. Escuchó en silencio, conteniendo la respiración.

Dentro, sonaba la voz de un televisor. Y música de fondo. Algún programa de evasión. Un rayo de luz azulada brotaba bajo la puerta. No había más luz que la de la pantalla del televisor.

Empezó a abrir la puerta, cauta, sigilosamente. Ni un ruido producían sus manos enguantadas. La zurda, aunque de rígidos dedos —sólo movía el anular—, tenía una especial habilidad para girar los pomos de las puertas.

De adentro, mezclado con el sonido del receptor de televisión, le llegó el murmullo de dos voces confundidas a veces:

—… Sigo opinando que es un error, Karl. Un grave error.

—No insistas, Ilse. Está decidido. Mañana mismo saldrás para Wiesbaden, con tu prima, Erika te acompañará.

—No sé si ella querrá ir. Ya sabes que deja su trabajo esta semana y va a buscar otro mejor. No podía soportar más en esa oficina… Pero no deseará viajar. Preferiría buscar el nuevo empleo, Karl. Sabes cómo es Erika en sus cosas.

—Sea ella como fuere, deberá obedecer por esta vez. Hazle ver

el peligro. No le digas nada sobre mí, pero házselo ver. No quisiera… no quisiera que ella me juzgase con dureza. He llegado a pensar que era mía, mi propia hija, la que nunca tuve en mi anterior matrimonio, Ilse. Sería doloroso que ahora…

—Oh, calla. Sabes que te debe demasiado. Como yo misma, Karl. No es un juez de tus actos, ni yo tampoco. Si algo malo hiciste una vez, ya lo has purgado con tus remordimientos. Si no fue así, un día serás juzgado por quien tiene pleno derecho a ello, y en cuyas manos sí hay verdadera justicia. Eso es todo, Karl. Te ruego que no insistas. Y haré lo que pides. Erika se vendrá conmigo. Palabra.

—Gracias, Ilse querida…

—Oh, Karl, eres admirable. Te quiero. Ocurra lo que ocurra, sabes que te querré siempre.

—Ocurra lo que ocurra… —repitió él amargamente. Hubo una pausa—. No sé… No tengo buenos presentimientos.

—Olvídalo. No sucederá nada. Ese monstruo tiene que caer, tarde o temprano. La policía acabará por darle caza. Creo, incluso, que si tú ayudaras, ellos podrían…

—Basta, Ilse. No hablemos más de eso.

—Tienes razón. Perdona. Respeto tu decisión. ¿Nos retiramos ya? Erika posiblemente tarde aún…

—Dijo que vendría a tiempo de ver el programa…

—Pues está a su mitad, y no ha venido —bostezó la dama—. Estas jóvenes… Vamos, Karl. Ya es tarde. Y necesitas descanso…

—Sí, vamos…

Crujieron unos asientos. Iban a incorporarse. Un destello maligno y furioso brilló un momento tras las gafas negras. Erika no estaba… Una víctima menos. Aunque todavía cabía la esperanza de que llegase…

Sí. Era más que una esperanza. Abajo, sonó el motor de un automóvil, un frenazo suave. Erika llegaba. El brillo de aquella mirada, ahora, era de supremo goce y crueldad…

Entró rápido en el comedor. Sólo la luz del televisor y contra ella, recortándose, las siluetas de sus dos víctimas, el matrimonio Heinrich…

—¿Qué? —jadeó Ilse roncamente—. ¿Quién es…? ¡Karl, cuidado…!

Se interpuso delante de su esposo. Él aulló, exasperado,

pretendiendo evitarlo, derribando la silla desde donde contemplara el programa de televisión, convertido ahora en el fondo incongruente de un doble y espantoso asesinato en las penumbras azules…

El arma cayó sobre la señora Heinrich. Era un golpe demoledor, terrorífico. El grito de ella fue un ronco estertor, cuando un tremendo mazo de hierro medieval cayó sobre su cráneo bestialmente.

Era como machacar nueces con un martillo. El resultado fue terrible. La sangre chorreó sobre el vidrio azul del televisor, borrando la imagen en una orgía escarlata. El doctor Karl Heinrich, desesperado al ver tambalearse el cuerpo de su amada esposa, con la cabeza triturada, chilló con angustia, con auténtica agonía superior a la que produciría en él aquel mismo golpe y se precipitó sobre el agresor, enarbolando una silla con mano todavía recia y firme.

—¡Rohtman, canalla! —rugió—. ¡No seguirás adelante, monstruo malvado! ¡Debes morir a mis manos, ya que ellas te dieron vida para este horror…!

—Doctor Heinrich, me recuerda usted a Victor Frankenstein cuando se enfrentó a su maldita criatura —habló en ronco murmullo malévolo el asesino. Y un mazazo suyo despedazó la silla, lanzándola a trozos por los aires, y desarmando a su poseedor, que quedó indefenso bajo aquel tremendo mazo de hierro macizo, quizá con más de cuatro o cinco kilos de peso.

El golpetazo inmediato fue a su cabeza, a su rostro, cuando ya la infortunada Ilse rodaba por el suelo, y el asesino hablaba, con su voz susurrante, casi sobrenatural:

—Y como el propio monstruo hizo… ¡muere, creador de vidas!

Un borrón rojo nubló las facciones rugosas y cansadas del biólogo genial. Entre astillas de hueso, escapó algo amarillento y denso. Su cabeza era un amasijo espeluznante, cuando cayó contra el televisor, golpeándolo con tal fuerza que rompió la pantalla, creando una implosión, cuyo poder succionante hizo hundir la cabeza del doctor en el receptor, ensangrentando todas sus piezas, entre chisporroteos y vidrios del tubo de rayos catódicos, en vertiginosa explosión hacia dentro.

La puerta de la vivienda se abrió con un chasquido. La voz de

Erika llamó desde el recibidor:

—¡Papá! ¡Mamá! ¿Estáis ahí todavía? No pude venir antes…

Y avanzó decidida, para colgar su impermeable en la percha del recibidor.

Con un jadeo ronco, como una ronca carcajada de placer sin límites, de júbilo animal, el monstruo se precipitó, con el sangrante mazo en ristre, hacia el recibidor donde Erika iba a enfrentarse a la muerte…

Ella chilló con pavor sin límites, al ver surgir ante sí la dantesca figura altísima, negra y delgada…

* * *

—¡Erika! —rugió Emil Walter—. ¡Erika Heinrich!

—¡Erika! —llamó a su vez Neil Derek.

Sus gritos retumbaron en la escalera. Sonaron pasos precipitados hacia arriba. La joven, despavorida, echó a correr hacia atrás, escapando del piso.

El mazo silbó en el aire, sin encontrar su objetivo, dejando esparcidos por los muros rojas salpicaduras. La cabeza y el cuerpo de Erika ya no estaban allí. La joven había escapado justo a tiempo, por la puerta entreabierta, chillando en el rellano, con voz trémula:

—¡Aquí, aquí! ¡Socorro, Dios mío! ¡El asesino! ¡El monstruo está aquí…!

—Maldita escandalosa… —jadeó el agresor, corriendo en pos de ella a la escalera, mazo en alto.

Erika se lanzaba escaleras abajo, devorando escalones, desgarrada su falda hasta el muslo, por la precipitación y el esfuerzo en la zancada. Perdió un zapato, tropezó, a punto de caer hacia atrás.

Por un momento, el monstruo creyó tenerla a su merced, y avanzó el cuerpo, con el mazo en alto de nuevo. Desde abajo, llegaron dos cosas: gritos estridentes, y el doble estampido de dos disparos. Las balas zumbaron hacia lo alto, quebrando la claraboya del hueco de la escalera.

El enlutado asesino comprendió que no podía continuar allí. Ni escapar por la salida normal. Estaba acosado, cogido en la trampa.

Dio media vuelta, echó a correr escaleras arriba… Se perdió hacia el ático y la salida a las azoteas de las casas…

Entretanto, Erika caía en brazos de Neil Derek y de Emil Walter, armado este último, y seguido por tres policías uniformados.

—¡Dios mío, es horrible! —sollozó ella, descompuesta—. ¡Ese hombre, ese ser…! ¡Su mazo va tinto en sangre…! ¡Algo espantoso debió sucederles a mis padres en el piso…!

—Serénese —rogó Derek—. No escapará esta vez. Quizá no pudo culminar su tarea…

Pero interiormente, sabía que estaba mintiendo. Que el mazo sangrante indicaba ya la seguridad casi absoluta de que el monstruo había cumplido su siniestra labor una vez más.

Pese a sus esfuerzos, habían llegado tarde para algo. Pero no para todo. De no ser por su providencial arribada a la casa, ahora Erika sería otro cadáver, tendido sobre los escalones.

—¡Ha huido hacia arriba! —gritó un policía.

—Era de prever. Intentará escapar por los tejados. Vuelva uno de ustedes, y avise a las patrullas. Que rodeen la zona. Y que intercepten a todo coche negro o muy oscuro, Mercedes Benz, si lo encuentran en estas calles inmediatas. No podemos permitir que el monstruo escape de nuevo. Derek, ¿nos acompaña?

—No —suspiró el joven reportero—. Creo que la señorita Heinrich necesita ahora de alguien, inspector…

—Bien. Pero el asesino podría regresar —tendió a Neil un revólver—. Tome esto. ¿Sabe utilizarlo?

—Gané concursos de tiro en la Academia, inspector —habló serenamente Derek—. No se preocupe por ella ni por mí. Si ese maldito ser regresa, será lo último que haga en este mundo, por muy muerto y resucitado que esté.

Walter y sus agentes se perdieron escaleras arriba. Poco después salían a las azoteas, comenzando en la noche la difícil y peligrosa búsqueda del asesino demente.

Derek no llevó a la joven a su piso. Imaginaba lo sucedido dentro, y más cuando, apenas asomado al recibidor, descubrió los manchones de sangre, salpicando muros y suelo.

—Vamos abajo —dijo, llevando consigo a Erika.

—Pero… mis padres pueden necesitar ayuda… —gimió ella.

—Mire, tendrá que reunir valor, muchacha —habló Neil,

enérgico pero suave a la vez—. Usted ya imagina lo que ha ocurrido, como lo imaginamos todos. Ese monstruo usa armas demoledoras, propias de un verdugo medieval… No le quepa duda que, por desgracia, su tarea ha sido cumplida una vez más…

Erika entendió. Estalló en sollozos, oprimiéndose contra Derek. Él la condujo a la calle, junto a un coche patrullero parado en la acera, sin tratar de detener su llanto, que cuando menos era una forma de desahogarse ante el infortunio, el dolor y la angustia.

* * *

—¡De entre nuestras manos, como una anguila, maldito sea! —rugió una vez más Emil Walter, dando un seco puñetazo en la mesa—. ¡Así se nos escapó ese horrible ser!

—No se lamente demasiado, inspector. A cualquier otro pudo haberle sucedido. Ese hombre se conoce a fondo el terreno que pisa, antes de decidirse a descargar su golpe. Sabe por dónde huir y cómo hacerlo. Y más ahora, que se sabe perseguido, acosado más de cerca cada vez…

—¿Usted cree que estamos cada vez más cerca de él? —dudó con fría ira Walter—. Nunca lo tendremos mejor que esta noche. Y ya ve el resultado. Evasión. Diluido en el aire, como si fuese un espectro auténtico.

—Tal vez pueda atravesar los muros —comentó con amarga ironía—. A fin de cuentas, si es un resucitado…

—Derek, no tengo sentido del humor en absoluto. Y menos, después de haber presenciado el espectáculo del piso de los Heinrich… ¿De qué diablos nos sirvió conseguir el nombre de soltera de la segunda esposa de Heinrich, así como la dirección de Erika, a través de su trabajo actual, que por cierto deja esta misma semana, para localizar su domicilio y correr a él como desesperados? ¿De qué ha valido todo, si llegamos tarde?

—No del todo, inspector. Erika vive gracias a su rapidez en obtener los datos. Y a mi rapidez en conducir mi coche, todo sea dicho —comentó Neil, con un suspiro.

—Erika… Sí, cuando menos, ella está a salvo ya… Tendremos que consolarnos con eso.

—Cuidado, inspector. No se confíe demasiado.

—¿Eh? —Walter le miró, preocupado—. ¿Qué pretende decirme con eso?

—Qué el asesino parece tener una idea fija, una obsesión terrible. No se conforma con matar a las personas implicadas en su caso, en su venganza. Ésta alcanza también a los familiares o seres más queridos de la víctima, no lo olvide.

—¿Cree que la muchacha…?

—Creo que, pese a su éxito parcial, el monstruo estará furioso. Desea acabar con Erika. Y lo intentará de nuevo, de algún modo, quizá antes de proseguir con su lista, si es que aún queda alguno más en ella…

—Ya tenemos cuatro lados del polígono —comentó nervioso Walter—: Berger, Tagg, Overhaussen, y ahora el doctor Karl Heinrich, director general del Proyecto Resurrección, según los datos archivados en la investigación que de las atrocidades de guerra hicieron los aliados y la propia policía nuestra, al término de la guerra. Me pregunto dónde estará ahora la quinta víctima inexorable en esa lista. Es decir, el verdugo de las SS, encargado como Tagg, de llevar a los confines de la resistencia humana a los judíos o los antinazis condenados a tortura y muerte.

—El lado más importante es el que sigue en tinieblas: el nombre del culpable. El de la persona que, según todas las apariencias, logró realmente ser traída del mundo de los muertos.

—Yo sé quién es esa persona.

La voz de ella les sobresaltó. Se volvieron vivamente, Erika Heinrich, muy pálida pero también sorprendentemente serena, vestida de gris oscuro, permanecía en la puerta de la oficina, contemplándoles con fijeza.

—Erika… —Neil se acercó a ella presuroso—. No ha debido venir… Le dije que descansara. Está bien vigilada, no peligra en absoluto…

—No podía descansar. Después de lo sucedido, ardo en deseos de ayudarles, de hacer algo por encontrar al asesino de mis padres. Yo… yo escuché lo que hablaban entre sí mi padrastro y mi madre, el día mismo en que ustedes me vieron aquí, y yo no tuve ánimos para hablar y revelar lo que sucedía. De haberlo hecho, seguramente hubiese salvado la vida de los dos.

—No se reproche nada —intervino Walter, cordialmente—. Cualquiera hubiera obrado del modo que usted lo hizo. Al parecer, su propio padrastro deseaba ser castigado, sufrir en su persona el castigo que creía merecer…

—Pero también quería librar a mi madre de todo peligro. Y no le fue posible.

—Ése fue su propio error. Venir a vernos, revelarnos la verdad, hubiera sido la solución para todos. Por desgracia, ya nada se puede remediar. Ahora, hay que evitar una nueva masacre, es todo lo que puede intentarse. Y lo estoy llevando a cabo. Espero tener suerte y localizar a Gunther von Wienner, de las SS, antes de que él mismo lo haga. Será la quinta víctima de su lista, junto con la persona más querida que tenga cerca. Por cierto, Erika, usted dijo antes que sabía quién es el asesino. ¿Es eso cierto?

—Totalmente cierto. Se trata de un hombre llamado Rohtman. Franz Rohtman.

—Rohtman… —apuntó rápido el nombre el inspector Walter—. Se buscarán todos los datos referentes a su persona, inmediatamente. Dios quiera que demos al fin con él.

—Dudo que utilice su nombre verdadero en la actualidad —señaló Derek, ceñudo.

—Sí, usted tiene razón —convino ella—. No debe utilizarlo, puesto que, oficialmente, Franz Rohtman está… muerto.

CAPÍTULO II

—¡Muerto! —El inspector Emil Walter cerró el archivador con un golpe seco. Meneó la cabeza después, sin entender nada de todo aquello—. De modo que era cierto…

—Tal y como Erika lo dijo —confirmó Neil, estudiando la ficha que había extraído el policía de aquel archivador—. Fallecido en abril de 1945, en el campo de prisioneros de Buchenwald… Aquí está bien claro. Ciudadano alemán, de raza judía. Dos metros de estatura, enjuto… Todo coincide. Vea la fotografía, Walter.

—Sí, ya vi. ¿Cree que se parece realmente al hombre que vimos escapar?

—Le vi muy poco, pero no. No se parece. Éste tenía el rostro… no sé. Como rígido.

—Tal vez sea una máscara…

—¿Una máscara? —Se encogió de hombros—. Sí, tal vez… Bueno, aquí tenemos un culpable. Heinrich creía que era él, y era quien mayores motivos tenía para imaginarlo así. Sin embargo… está muerto.

—Recuerde algo, Derek: la resurrección…

—¿Cree que se verificó, realmente?

—Todo hace indicar que sí. ¿Ve otra explicación plausible?

—No, ninguna —convino Derek, sombrío—. Un resucitado… Cielos, inspector. ¿Cómo calificar a un hombre dado por muerto, que de repente aparece vivo? ¿Resucitado, cadáver que anda… o un muerto en vida?

—Valdría la pena comprobar si, realmente, murió aquel hombre o aún estaba vivo cuando experimentaron con él. Sería demasiado horrible imaginar que andamos detrás de… de un cadáver.

—Todo esto es demasiado horrible, Derek. Enloquecedor, diría yo. —Walter sacudió la cabeza, encaminándose a la salida del archivo del Gobierno—. Vamos ya. Pediremos más datos a los que

investigaron en Buchenwald las matanzas, el genocidio de los nazis… Y espero que, entre los papeles de Heinrich, mis hombres, expertos en documentos médicos, encuentren algo también.

Lo encontraron.

Y cuando lo hubieron leído, en las notas manuscritas que el doctor guardaba celosamente, el horror sacudió a ambos hombres.

Porque allí estaba plasmada la historia que fuera prólogo de aquel horror sangriento. La historia de un hombre llamado Franz Rohtman, de su muerte en la tortura insoportable, y de su posterior vuelta a la vida, por misteriosos medios científicos aplicados por el propio Heinrich y su equipo de biólogos.

Realmente, estaban tras de un cadáver viviente.

Franz Rohtman había fallecido. Su muerte la certificaron entonces Overhaussen y Heinrich, junto con otros médicos y funcionarios nazis. También su vuelta a la vida estaba certificada por el propio Karl Heinrich, en un documento escalofriante…

—Y ahora, ¿dónde buscar al difunto que asesina? —se preguntó perplejo Walter.

—Casi siempre volvemos al mismo punto: los muertos, inspector —le recordó Neil—. Y los muertos tienen un lugar para ellos.

—El cementerio… Oh, ya miró todo eso, ¿no es cierto?

—Sí. Y, sin embargo, sigo pensando lo mismo. Es… es como una obsesión. Un presentimiento. Si de entre los muertos regresó ese hombre, creo que entre los muertos hay que buscarle.

—¿Acaso sugiere que vaciemos todas las tumbas y mausoleos de Haupfriedhof?

—No voy tan lejos… —los ojos de Derek se entornaron—. Sé que hay algo, lo presiento…, pero no logro dar con ello. Lo siento. De veras lo siento, pero no podría decirle nada. Sin embargo, voy a pasar una vez más en torno a ese cementerio. Tal vez algo me inspire en su ambiente, puesto que allí hay que buscar la verdad espantosa de esta historia…

* * *

Erika Heinrich se encontraba bastante mejorada. Aquellos días de calma, en una ciudad que volvía a ser tranquila, a una semana

larga del funeral, habían serenado su ánimo y confortado su espíritu.

Se había hecho a la idea. Estaba sola, y sola debía de luchar. Había dejado de momento la búsqueda de trabajo. Luego, recurrió a los anuncios por palabras. Ella era una buena taquígrafa y mecanógrafa, con conocimientos de inglés, francés y, naturalmente, su propio idioma, el alemán.

Las ofertas abundaban. Pero ninguna había sido tan sugestiva como aquélla, recuadrada en todos los periódicos donde habitualmente se buscaba trabajo. Y allí se presentó, dispuesta a ganar el considerable sueldo mensual que se anunciaba, siempre que la aspirante cubriera los requisitos indispensables. Que, casualmente, eran los mismos que ella reunía: taquimecanografía, idiomas, y experiencia en oficinas de negocios químicos y farmacéuticos.

Era como un anuncio a su medida. Y no le sorprendió nada encontrarse con el empleo concedido, así como un anticipo de trescientos marcos, a cuenta de su sueldo, más la obligación de presentarse al día siguiente, a las ocho de la mañana, en el lugar donde se le hizo el examen previo.

—Señorita Heinrich, usted es la mujer que buscábamos —le manifestó cordialmente la señora encargada de conceder el trabajo —. Está admitida, y espero que su labor aquí sea fructífera para todos. El doctor precisa de su experiencia, y el trabajo tiene sus ventajas. Es mejor trabajar aquí, en una residencia privada, que no en unas grandes oficinas, cuando las condiciones aventajan a todo lo que puedan ofrecerle en esos lugares. Nuestra labor farmacéutica y química corresponde a servicios especiales del Gobierno Federal, y tenemos una oficina central en Bonn, adonde tal vez pueda luego ser destinada, en breve plazo, con un sueldo doble casi del que aquí percibirá.

Era extraordinario para Erika. Como un sueño. Un gran sueldo, y la posibilidad de doblarlo. Antes de ausentarse, para volver a trabajar al día siguiente, trató solamente de conocer el nombre del doctor para quien iba a trabajar desde entonces.

La dama se lo dijo cortésmente:

—El doctor es un noble bávaro muy rico y culto… Tiene título aristocrático. Barón Henker, señorita Heinrich…

* * *

—¿Todo normal, inspector Walter?

—Demasiado normal —refunfuñó el policía—. El monstruo no ataca. Hay paz. Demasiada paz, a mi juicio.

—¿Cree que eso precede a la tempestad, una vez más? —Rió entre dientes Neil Derek.

—Sí, estoy convencido de ello —asintió el policía, ceñudo—. Von Wienner, el hombre de las SS, sigue sin aparecer. Se supone que ha huido de Frankfurt, tras el último asesinato. En cuanto al hombre que volvió de la tumba, seguimos sin saber nada de su paradero. Tal vez esté tan ocupado como nosotros, buscando a su hombre: Gunther von Wienner…

—Tal vez —concedió Derek, pensativo. Una idea preocupante le asaltó—. ¿Y… Erika?

—Oh, la muchacha. Sigue vigilada discretamente. Ella lo ignora por completo. Ya encontró trabajo. Hoy es su primer día de tarea en la nueva empresa.

—Vaya, lo celebro. ¿Buen empleo obtuvo?

—En una casa particular, sí. Un sueldo inmejorable. Hemos comprobado el anuncio al que acudió. De ser mujer y saber idiomas y todo eso, yo también me hubiera presentado, mandando al diablo mi puesto en la policía.

—Sí que debe ser apetitoso el trabajito —Derek sonrió. Consultó su reloj con un bostezo—. Bueno, yo terminé mi tarea del día para la agencia, aunque tampoco pague con generosidad excesiva. Me voy a descansar ya. Son las nueve y media de la noche, y me siento agotado. Si al menos hubiera emociones, me divertiría un poco, y combatiría el sueño.

—Muy gracioso. Yo prefiero esta calma… Al menos, cuando es estable y duradera. Estaba harto de sangre, amigo mío…

Derek se encaminó a la salida del despacho. Agitó su mano hacia Walter, sin volverse.

—Buenas noches, policía. Y busque un trabajito como el de Erika, a ver si tiene suerte…

—Hum. Dudo que ese barón Henker quiera contratar a más gente… —rió burlón el policía.

Neil Derek se alejó por el corredor, bajo las luces azules. Iba

pensando en Erika, en su vida actual, en su futuro, sola y sin familia, en su trabajo…

¡HENKER!

Se paró en seco. Palideció intensamente. Un frío sutil le descargó en todo el cuerpo como un trallazo. Notó que el suelo del piso temblaba bajo sus pies.

—¡Henker! —aulló—. ¡Oh, no!

Y regresó rápido, abriendo impetuosamente la puerta del despacho de Walter. Éste le miró asombrado.

—Y ahora, ¿qué le ocurre? —masculló—. ¿Algún ataque de nervios, Derek?

—¡Inspector! ¡Ese trabajo de Erika…! ¿Es el barón Henker su patrón actual?

—Sí, eso es. Un aristócrata creo… Un negocio de química y farmacia…

—¡Inspector, por el amor de Dios! Esa casa, ¿está cerca del cementerio?

—Pues… —frunció el ceño, recordando—. Sí, creo que sí… Está…, está en Nibelungenallee… ¿Por qué diablos…?

—¡Creo que ya encontré a Franz Rohtman, Dios mío! —aulló Neil, corriendo al exterior—. ¡Pronto, vamos allá, no sea que Erika haya sido asesinada ya…!

CAPÍTULO III

Erika miró su reloj una vez más. Se impacientó.

—Es demasiado tarde, señora… —dijo apagadamente—. Debo marcharme ya…

—Oh, querida, no. Le ruego que espere un poco más. El barón saldrá inmediatamente a verla personalmente. Tal vez tenga que hacer mañana un viaje, y desea hablar con usted previamente…

Erika miró en torno con desasosiego. Era tarde ya. Muy tarde. Había rechazado la oferta de cenar allí, pensando que el barón Henker no tardaría en llegar, pero se demoraba demasiado, y no le gustaba deambular de noche por la ciudad. Especialmente, sabiendo que el monstruo podía acechar por las calles nuevamente. En busca de ella, que era la única Heinrich que aún existía…

Esperó un poco más. Luego, ya decidida, se puso en pie y tomó su sobretodo y bolso.

—Lo siento, señora —habló, resuelta—. Me marcho. Veré en otra ocasión al barón, esté segura.

—No, no. No hará falta ya —sonrió la dama. Escuchó hacia la puerta—. Vea. Ya viene…

Era cierto. Molesta por tener que prolongar más su estancia en aquella casa, entre luces eléctricas, en plena noche, sólo por un capricho de su generoso patrón, taconeó en el suelo, aguardando.

La puerta se abrió. La dama se apartó levemente, dejándola sola en el centro de la estancia.

Un hombre entró en la estancia. Erika sufrió un sobresalto.

Echóse un paso atrás. Repentinamente, había creído verse ante el horror viviente de la escalera de su casa. Ante el hombre de dos metros, esquelético y enlutado. Ante el monstruo criminal.

Pero aquél era el barón Henker, el hombre que le pagaba tan generosamente en su empleo. Sólo que su estatura y su físico eran tan similares…

Alto, altísimo… Una bata púrpura anudada a la cintura. Largas piernas, manos hundidas en los bolsillos… Una cara inexpresiva, fría, hermética, sin gesto. Unos ojos raros, en el que uno de ellos parecía más vidrioso y fijo que el otro… Y cabello oscuro, abundante, cubriendo su cabeza.

—Señorita Heinrich, es un placer conocerla —manifestó con suave voz educada el barón, inclinándose cortés ante ella—. Kristine, mi…, mi ayudante, me ha hablado muy bien de usted en su trabajo. Es eficiente. Además, es joven, bonita, encantadora…

—Muy amable, barón. También me place conocerle, pero se ha hecho tarde. Si me permite, me marcharé ya a mi casa. De noche, no se hace muy grato ir por esas calles ahora…

—Oh, sí, ya recuerdo… —no había gesto en sus labios. No movía un músculo facial siquiera—. El monstruoso asesino y todo eso. Mucha sangre… ¿De veras tiene miedo, señorita Heinrich?

—Sí, a veces lo tengo. He visto frente a frente a ese hombre ante mí. Fue una experiencia espantosa, se lo aseguro. Además…

—Además… ¿qué, señorita Heinrich? —demandó afablemente el barón Henker.

—Que él…, él es un muerto resucitado. Un cadáver que anda… No se burle, pero es así.

—Le aseguro que no me burlo —declaró gravemente él—. ¿Conque… un cadáver que anda? Curioso, muy curioso… ¿Cómo puede andar un cadáver, señorita?

—Lo ignoro. Un secreto biológico, un horror científico le devolvió la vida. Creo que le trastornó el cerebro. Le convirtió en un demente cruel. Mata por el placer de matar. Es un maníaco feroz…

—No, señorita Heinrich. Franz Rohtman no es un maníaco ni un loco —replicó fríamente el barón.

—Pues yo sí afirmo que… ¿Cómo? —exclamó mirando con repentina sorpresa al hombre alto e inquietante—. ¿Ha dicho usted… Franz Rohtman?

—Exactamente —sonó como una risita, tras los labios yertos, sin movimiento—. ¿Le sorprende que sepa tanto, señorita?

—Es…, es extraño. La policía no ha dicho nada de eso, la Prensa no lo publicó… ¿Cómo puede saber usted…?

—Porque YO SOY FRANZ ROHTMAN. ¡Y no estuve nunca loco,

señorita Heinrich! ¡Vea lo que hicieron conmigo, y por qué deseo vengarme en todos ustedes hasta el fin!

Erika emitió un chillido. Retrocedió, y sólo logró tropezar con el muro. La señora, mudo testigo de la escena, se echó a reír agudamente.

Entretanto, el barón Henker se aferró los cabellos, la goma elástica, plastificada, de su rostro aparente…

El horror asomó debajo.

Erika soltó un alarido sin fin. Y se desplomó, inconsciente, con los cabellos erizados por el pánico ante la horripilante visión del rostro de pesadilla, del cráneo deforme y abrasado, del ojo vacío, repugnante, de la faz triturada a golpes y heridas, de aquella auténtica máscara de carne destrozada y convulsa que era la auténtica cara de Franz Rohtman, el resucitado de Buchenwald…

* * *

—Se ha desmayado… —Rohtman, alias el barón Henker, retrocedió convulso, crispado, estremecido por tremendas emociones—. Se ha desvanecido, Kristine…

—Ya lo veo. ¿A qué esperas? —Ella le miró con frialdad, como si la sumisa y débil Kristine Rohtman se transfigurase de odio ante la figura yacente de la bella muchacha—. Vamos, a la cripta con ella… ¡Tómala en tus brazos, Franz!

—No, no… La cripta, no. Ella no tiene por qué morir ya… Su padre pagó. Su madre también… ¿Por qué ahora la chica…? Tanta sangre, Kristine…

Y el rostro horrible, crispado, deforme y monstruoso, se cubría con una especie de patética, piadosa expresión de dolor y de amargura inconsolable.

—¡Imbécil! ¿Olvidas ya que eres simplemente un hombre que vive en la muerte o muere en vida cada día? —rugió ella, vigorosa, autoritaria—. ¡Ya basta de debilidades! ¡MATA, Franz! ¡Sigue matando como hasta ahora, como yo TE HE ORDENADO CADA VEZ! Si por ti fuera, nada harías, no te hubieras vengado de nadie… Pero yo… ¡Yo te doy la fuerza, Franz Rohtman! ¡Yo inculco en tu pobre y miserable cerebro de muerto en vida las órdenes precisas

para obedecer, para actuar, para destruir ferozmente a los que destruyeron nuestras vidas! ¡Yo, tu esposa Kristine, soy tu auténtico espíritu y cerebro! ¿Es que aún no entiendes que tú no eres nadie, sino una máquina horrible que cumple mis designios de venganza? Las torturas que mi cuerpo sufrió, las vejaciones durante la guerra… ¡las hice pagar a través de ti, maldito idiota chiflado y torpe! Si no fuese por mi poder hipnótico, en tu pobre cerebro perdido, amorfo y como de recién nacido, ¿qué hubieras hecho tú? ¡Nada, temido y temible Franz Rohtman, monstruo perseguido! ¡No eres nadie sin mí!

—No, Kristine, por caridad… —rogó apagadamente el hombre que volviera a la vida una vez, veinte años atrás, para ser solamente lo que había sido en todo momento: un pobre autómata, un miserable cuerpo, dócil a los mandatos ajenos, que se arrastraba por la vida bajo influjo hipnótico, convertido así en una fiera sanguinaria, porque lo único que podía hacer en este mundo era obedecer, seguir los dictados ajenos… Siguió suplicante—: Kristine, querida, no me obligues… a matar de nuevo… Esa pobre chica…

—Cobarde… —ella dio una fuerte palmada—. ¡Viktor! ¡Viktor, ven acá!

Entró el silencioso y moreno chófer del Mercedes Benz. Ella señaló a la inmóvil muchacha.

—Llévala abajo, a la cripta —habló rotunda—. Franz no sirve ya ni para eso, Viktor.

—Sí, mi señora —asintió el sirviente fiel, con voz fría e inexpresiva.

Y cargó con Erika, sin prestar siquiera atención a la horripilante faz de su señor, al fin descubierta, como tantas otras veces, en privado, le obligaba a hacer la despiadada, dura y cruel Kristine Rohtman, su auténtico cerebro rector, la vengativa Kristine, que dedicó su vida a amasar una fortuna para vengarse, utilizando el cadáver viviente y horrible que era su esposo Franz.

* * *

La puerta de bronce fue abierta. Las luces interiores de la cripta, simulando cirios amarillentos, pero en realidad dotada de luz de

gas, dieron un juego fantasmal de claridad y de sombra a la escalera descendente a la cripta totalmente vestida de colores púrpura, con un féretro en su centro, destapado en ese momento. Y forrado igualmente de púrpura.

En los muros, en torno, herramientas e instrumentos de tortura medievales. Mazos, espadas, la máscara de hierro con púas, y así hasta una interminable serie de horribles, feroces mecanismos hechos para destruir, para atormentar, para causar dolor, sangre, muerte…

Aquella indescriptible mezcla de cámara de torturas y de cripta funeraria, parecía ser el auténtico santuario secreto de la siniestra pareja Rohtman.

Ella, Kristine, se irguió en medio de la sala púrpura. Señaló el féretro. Viktor puso en él a Erika Heinrich, todavía inconsciente tras la terrible impresión de verse cara a cara con el rostro espantoso de Rohtman.

—Ahí, Viktor —afirmó la dama—. Ahí despertará y empezará a sentir el horror de la tortura y del miedo… Si el pánico no la mata, lo harán esos instrumentos de muerte lenta y dolorosa. ¡Su padre fue el principal causante de todo lo ocurrido! ¡Ella pagará por todo lo malo que él hizo!

—Kristine, ¿por qué más sangre? —jadeó Franz—. Ya ha corrido bastante…

—Calla, monigote. Ella va a ser aherrojada ahora por Viktor. La torturaré yo, mientras tú lo contemplas. Tu feo rostro y el dolor, serán los que acaben con esa maldita mujer de nombre nefasto para nosotros. Viktor, los grilletes para la muchacha.

—Sí, mi señora.

Y dócilmente, como siempre, el silencioso Viktor aplicó a las muñecas y tobillos de la joven aquellas piezas férreas que inmovilizarían a la joven entre cadenas pesadas. Rasgó luego sus ropas brutalmente, dejándola semidesnuda. Eligió los instrumentos de tormento, los más refinados y dolorosos, los que podían prolongar más la agonía y el dolor infinito de la joven. Lo entregó todo a Kristine Rohtman.

—Aquí tiene, mi señora —ofreció.

El monstruoso Franz se retiró, bajando su espantosa faz hacia el suelo. Temblaba, como sobrecogido.

Erika, en el lecho púrpura del féretro donde yacía, despertó lentamente…

Un nuevo grito de horror surgió de su garganta. Se debatió en vano en aquel lecho tétrico de raso púrpura, con la tapa del féretro tras de ella.

—¡Están todos locos! —jadeó—. ¡Son unos monstruos sin piedad!

—Tu padre tampoco la tuvo con nosotros —recitó lúgubremente Kristine Rohtman—. Vas a pagarlo todo, hasta morir deseando no sufrir más…

Y preparó el primer elemento de tortura: una terrible, larga lanza, erizada de delgadas púas en su remate.

—Esto hormigueará en tus ojos, haciéndolos sangrar, vaciándolos lentamente… —avisó la siniestra mujer con una carcajada lúgubre—. ¡Hermosa Erika, vas a sentir en tu propia carne el dolor que Franz y yo sentimos en la nuestra hace veinte años…!

Un momento después, los pinchos sutiles se aproximaban a los ojos de Erika, ella cerraba los párpados, y el hormigueo doloroso comenzaba a hacer sangrar levemente la piel de aquellos párpados cerrados.

Gemidos de vivo dolor brotaron de sus labios convulsos…

* * *

La tortura no había hecho sino comenzar.

Pero también estaba terminando.

Todo fue súbito, inesperado, tremendamente brusco.

Las puertas de bronce, simplemente entornadas, en la seguridad que daba a los Rohtman y a su fiel Viktor el cerrado recinto del jardín, se abrieron de golpe, dando paso violento a gente armada.

Policías de paisano y uniformados bloquearon los accesos a la siniestra cripta púrpura, en cuyo centro el trío de personajes de pesadilla rodeaba a la desventurada Erika.

Junto a Emil Walter, Neil Derek empuñaba también un arma. Y fue el primero en gritar roncamente:

—¡Erika! ¡Erika, somos nosotros! ¡No se muevan, canallas!

El monstruoso Franz se volvió a ellos, como un pelele abatido, y abrió sus largos brazos, en gesto de protesta instintivo.

—Yo, no… —sollozó—. Yo no quería. Nunca quise… Es ella… Kristine… Ella me manda, me dirige… ¿Entienden…?

Avanzó hacia los policías. Los agentes tenían órdenes severas. Walter no llegó a tiempo de evitarlo.

Una descarga de armas de fuego alcanzó al desdichado Franz Rohtman, aquel pelele humano, inútilmente resucitado por medios biológicos que más deberían haberse mantenido siempre sin utilizar, durante la oscuridad nazi. Y la cabeza de Rohtman, perforada por varias balas, cedió, junto con su cuerpo, abatiéndose en el suelo de la cripta con golpe sordo.

La sangre brotó de sus heridas. Aun muerto y resucitado, había seguido teniendo sangre en sus venas, como cualquier otro ser. Pero su cerebro y su inteligencia nunca fueron iguales.

Ahora entendían Walter y Derek lo sucedido. Éste, rápido, se cruzó muy a tiempo, saltando al centro de la cripta cuando ya la señora Rohtman dirigía un arma medieval, uno de aquellos terribles mazos de muerte, contra la cabeza rubia de Erika.

Disparó contra su mano, arrojando lejos de sus dedos el arma. Otro disparo, éste de Walter, atravesó la cabeza de la dama, de lado a lado. Cayó no lejos de su marido, jadeando:

—Imbécil… Siempre fue… un imbécil… Sólo un… cadáver ambulante… dócil a mis deseos de… de venganza…

Luego, quedó sin vida. Viktor, que pretendió defenderse con otro objeto contundente, sufrió varias heridas, cayendo malherido en los escalones de la cripta, a los pies del inspector Walter.

—Bueno… —suspiró éste—. La operación silenciosa de invadir esta mansión ha resultado, Derek. Por una vez más, debo felicitarle por su perspicacia y por su intuición en buscar en este jardín, precisamente dentro del mausoleo…

Pero Neil ya no le escuchaba. Había corrido a liberar a una Erika Heinrich histérica, llorosa y crispada por la terrible emoción vivida en el trágico recinto.

* * *

—Era un sueldo demasiado bueno —sonrió Neil—. No existen gangas así, Erika…

—¿Cómo pude caer en semejante trampa? —se lamentó ella.

—Porque la tendieron muy hábilmente. Sabían cuál era su especialidad, y pusieron el anuncio adecuado para atraerla. A otras solicitantes les denegaron el puesto, esperando siempre a su víctima…

—La gran sorpresa fue la de Kristine Rohtman. Ella, una mujer aparentemente débil, era la culpable directa. Y el pobre esposo, sólo un autómata controlado, un ser hipnotizado… Las cosas no siempre son como parecen, Derek…

—Cierto, inspector. Pero la verdad es que el caso está cerrado, y ya nada hemos de temer. Ni Erika tampoco, afortunadamente…

—Creí llegado mi último momento —musitó ella con un estremecimiento aún, pese a los días transcurridos desde que culminó la pesadilla—. Aquel espantoso lugar, aquellas gentes de otro mundo, como llegados todos de ultratumba…

—Sí. En el fondo, todos eran muertos vivientes, seres encerrados en su odio, su afán de venganza, su mente medieval, cruel y despiadada… Pero no toda la culpa era de ellos, sino de lo que desencadenó tanto odio entre los humanos, hace ya veinte años… Erika, ahora lo importante es olvidar. Olvidarlo todo… y pensar en el futuro. En un mañana mejor, donde todo esto parezca sólo lo que fue: una pesadilla…

—Una pesadilla… —ella se apoyó en el brazo de Neil—. Sí, amigo mío. Y gracias por todo. Nunca sabré cómo recompensarle cuanto hizo por mí…

—Existe un medio rápido de hacerlo, Erika —sonrió el reportero americano.

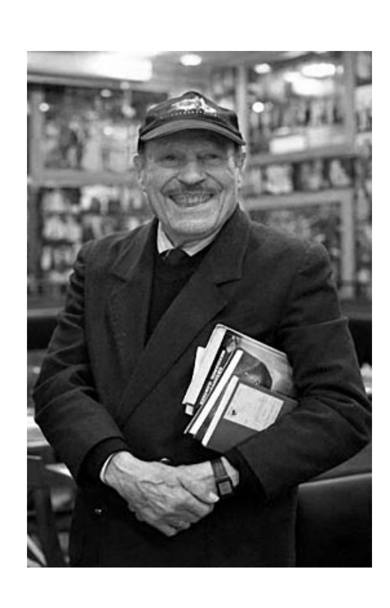
—¿De veras? ¿Cuál?

—Aceptar una invitación mía: cene conmigo esta noche. Eso, para empezar a olvidar…

—Aceptado —rió ella suavemente—. ¿Está bien así?

—Perfecto. Creo que casi, casi, estamos ya en paz usted y yo, Erika…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] *Oberst*: «coronel», en alemán. <<

[2] Equivalente a unos veinticinco grados centígrados, también negativos. < <

[3] La llamada «doncella de Nuremberg» es un tristemente célebre procedimiento de tortura y muerte. Una especie de sarcófago vertical, con su interior lleno de pinchos o púas, en cuya tapa hay dos de esas púas directamente dirigidas a los ojos de quien es encerrado dentro de ella, para morir no sólo destrozado por los pinchos que le taladran, sino perdiendo los ojos, vaciados por esos hierros, en cuanto se cierra la tapa sobre la víctima. Se dice que la muerte, dentro del recinto, era lenta y atroz, cosa que resulta fácil de creer dadas sus características. *(N. del A.)*. <<

[4] *Hauptfriedhof*: «Cementerio Alto», en alemán. <<

[5] *Henker*: en alemán, «verdugo». De ahí el comentario del personaje. < <